

# universo centro

Cualquier cosa, menos quietos

Número 147 Diciembre 2025 - Distribución gratuita

[www.universocentro.com.co](http://www.universocentro.com.co)





# Bombardeos preventivos



En abril de 1988 el alcalde de Nueva York, Edward Koch, habló de la posibilidad de bombardear a Medellín, una ciudad de la que apenas recordaba el nombre. Koch estaba en su tercer mandato como alcalde, un cargo al que había llegado por primera vez en 1977 con un lema poco original: “Ley y orden”. A pesar de ese rígido llamado, el alcalde no representaba un personaje severo y disciplinado, por el contrario era lenguaraz y desafiante, una mezcla entre actor cómico y protagonista de película de acción. La revista *Time* lo definía con una comparación callejera: “Si Nueva York es un taxi, Ed Koch es su conductor: de mal genio, beligerante, dogmático, hablador, protector, franco y, posiblemente, loco. Por lo general, acelera y, a veces, conduce por la acera. Sus enemigos, según él, son estúpidos”.

Las palabras de Koch sobre el bombardeo a Medellín sonaron como un insulto en una ciudad que ya se había acostumbrado a los bombazos: “Si ustedes nos solicitan que les prestemos personal militar para bombardear a los narcotraficantes de la droga, yo estaría

dispuesto a decir que sí. Si ustedes nos piden que les enviemos tanques de guerra para invadir a esa ciudad, ¿cómo es que se llama...? Medellín, yo diría también que sí”. Vale anotar que un año antes de sus declaraciones, Koch había sufrido un derrame cerebral. En todo caso la prensa nacional recogió las palabras del alcalde de Nueva York y llovieron los titulares, las caricaturas y la sátira. Los comentaristas hablaban con sorna de los portaaviones a las puertas de Turbo. Todo hacía parte de un pequeño sainete en medio del auge del Cartel de Medellín.

Ahora, el treinta por ciento de la flota naval norteamericana, incluido el portaaviones USS Gerald R. Ford, el más grande del mundo, está mirando a las costas venezolanas. De modo que la pantomima de hace casi cuarenta años es realidad hoy, y el presidente Donald Trump bien cabría en las definiciones caricaturescas que se hacían de Edward Koch. El contralmirante Paul Lanzilotta, comandante del Grupo de Ataque del Portaaviones 12, mostró los dientes hace unos días: “Nuestra fuerza complementará las capacidades existentes para proteger la seguridad y

prosperidad de nuestra nación frente al narcoterrorismo en el Hemisferio Occidental”. Trump considera que la exportación de cocaína es un ataque directo a Estados Unidos y una amenaza a la sociedad, y por tanto tiene la legitimidad para responder con sus fuerzas armadas, lo que él mismo ha llamado su Departamento de Guerra. A comienzos de noviembre una proposición de los demócratas para limitar la capacidad de acción del ejecutivo sobre territorio venezolano fracasó en el senado. Lo que abre las puertas a una decisión personal del presidente para lanzar un ataque sin el visto bueno del Congreso.

Los bombardeos de advertencia o intimidación ya han dejado 87 personas muertas en el Caribe y en el Pacífico. Trump dice haber oído recientemente que Colombia exporta cocaína, “lo leí en algún lado”, dijo. Esa primicia hace que ahora contemple la posibilidad de un ataque al país: “Colombia tiene fábricas de cocaína, donde hacen la cocaína. ¿Derribaría esas fábricas? Estaría orgulloso de hacerlo, personalmente”, dijo Trump hace una semana.

Las expectativas por la caída del régimen de Nicolás Maduro han hecho que mucha gente en Colombia, candidatos presidenciales, senadores, ex presidentes y comentaristas políticos, haya apoyado sin rodeos una intervención gringa en Venezuela: “No estaría mal que le dieran un empujoncito a Maduro”, parecen decir. “Si no se va por las buenas tendrá que ser por las malas”, comentan otros e invocan los abusos innegables de la tiranía en la que se convirtió el proyecto chavista. Para algunos, Trump puede ejercer, como mal necesario, de guardián de la democracia en América Latina. Un autócrata salvando la democracia es una paradoja cargada de cinismo. Trump ha puesto a tambalear la democracia norteamericana con su agresión a las universidades y la libertad de cátedra, con sus ataques a la libertad de expresión y sus amenazas y vetos a la prensa, con sus desafíos a las cortes y las autoridades estatales. Así y todo muchos creen que puede salvar a Venezuela y proteger de sí misma a América Latina. El mismo presidente que impuso sanciones al juez de la Corte Suprema que lideró el proceso que terminó con la condena de Jair Bolsonaro. Hace unos días el Departamento del Tesoro levantó esas sanciones. Esa es otra de las características del estilo Trump, una amenaza, un pequeño golpe, una intimidación y luego volvemos a barajar. Amedrentar es la palabra que define su gobierno. El mismo presidente que se metió de manera directa en las elecciones de Honduras diciendo que si no ganaba el

candidato de su preferencia el país dejaría de recibir ayuda desde el norte: “Si Tito Asfura gana (...) lo apoyaremos firmemente. Si no gana, Estados Unidos no malgastará su dinero”, escribió Trump en Truth Social.

Los partidarios de una embestida de Trump para cambiar el régimen de Caracas han terminado mirando con cuidado. Parecía que Colombia era simple espectadora en ese pleito desigual y disfrutaban los temblores de Maduro. Pero Trump decidió mirar hacia Colombia: “Va a tener graves problemas si no entra en razón [...] Más le vale que entre en razón o será el siguiente. Espero que esté escuchando. Va a ser el siguiente”, dijo Trump refiriéndose a Petro. Y siguió, si el presidente no cierra las “fábricas de cocaína Estados Unidos las cerrará por él, y no será de manera amable”. Al día de hoy no se puede descartar que Estados Unidos decida alguna acción sobre Venezuela y como pequeño escarmiento deje caer unas bombas sobre, digamos, Guavare. Si no le importa matar en el mar por qué habrían de preocuparle unos cuantos muertos en la selva.

Gustavo Petro ha sido poco estratégico y hasta torpe en su trato con Estados Unidos, ha puesto en riesgo a Colombia por sus devaneos de líder mundial. Cosas muy distintas han hecho presidentes de la región de su mismo signo ideológico, Lula, Sheinbaum, Boric. Pero en los riesgos de una intervención directa de Estados Unidos, en la ilegalidad de los bombardeos, en lo inaceptable de las amenazas ha sido sin duda una voz valiente y razonable. Una intervención en Venezuela abre las puertas a una tutela perversa por parte de Donald Trump sobre América Latina. El chantaje económico o militar sobre nuestras decisiones judiciales o políticas nos lleva a los peores momentos de los ochenta (recordar El Salvador, Honduras, Panamá, Granada) y convierte el folclor de Edward Koch en un escenario posible.

Alentar a un bocón bien armado es bastante peligroso, su orgullo puede obligarlo a hacer cumplir sus amenazas, a mostrar su fuerza para no quedar como un simple fanfarrón. Y alentarlos contra un vecino no es algo inocente y pragmático, sino temerario. Es muy probable que el arrogante bravucón decida que su control debe extenderse y siempre encontrará razones para justificarse. Igual pasa cuando se justifica la violencia privada para salvaguardar la seguridad, en cualquier momento los matones amplían sus objetivos y apuntan contra sus viejos patrocinadores. Y no queda más que acudir a una vieja sentencia: “No se queje cuando lo cuelguen”. ☹

## EDITORIAL

En agosto de 1975, un político y poeta colombiano llamado Simón González organizó el Primer Congreso Mundial de Brujería en Bogotá, e invitó a Clarice Lispector a participar en él. Clarice ya era en Brasil como Borges en Argentina: la conocía todo el mundo, aunque lo hubiera leído solo el uno por ciento. González la había conocido el año anterior en Cali, en unas jornadas literarias en las que participaron también Vargas Llosa y Antonio Di Benedetto, donde Clarice leyó su famosa frase: “Dejo registrado que, si vuelve la Edad Media, yo estoy del lado de las brujas”. En la carta de invitación le pedía que asistiera aun cuando no quisiese hacer ninguna ponencia: bastaba que llevara con ella esos ojos brujos que tenía. González era un excéntrico en la política colombiana: había sido parte de la pandilla de los nadaístas, andaba en una Harley Davidson llamada Rayo de Luna y quería imponer la adoración de la luna verde en el archipiélago de San Andrés. Pero no se piensa que aquel congreso era una artimaña suya para atraer a Clarice: el secreto deseo del Brother Simón (como se lo conocía en Bogotá) era que ese cónclave de 2500 hechiceros, santones y chamanes generara la suficiente energía para debilitar a los militares que manejaban el gobierno títere y habían decretado el estado de excepción en Colombia.

Mientras la noticia sobre el congreso circulaba sarcásticamente por la prensa del continente (incluso en el programa televisivo mexicano *El Chavo del Ocho* apareció don Ramón preguntándole a la Bruja del 71 cuándo partía hacia la capital colombiana), la prensa carioca se enteró de la invitación a Clarice y la revista *Veja* logró arrancarle estas declaraciones en el aeropuerto: “Mi intención es absorber, más que irradiar. Solo hablaré si no puedo evitar que eso suceda. Llevo para leer un cuento llamado *El huevo y la gallina*, que es misterioso incluso para mí”. Nuestro muy querido Eric Nepomuceno, que estaba en ese momento exiliado en México, viendo *El Chavo* por la tele con su hijito, tuvo una iluminación: con dos llamados telefónicos logró vender la nota y partió a Bogotá con su esposa Martha, el pequeño Felipe y el chileno Enrique Müller, corresponsal del *Der Spiegel* alemán. El plan era hacer hablar a Clarice, o al menos seguirla.

La cantidad de periodistas extranjeros que apareció a cubrir el congreso fue tan inesperada y tan ofensiva para la iglesia colombiana y sus piadosos fieles de la alta sociedad, que presionaron en doble pinza a las autoridades para que restringieran todo lo posible el acceso de público al recinto, así como la cobertura de prensa. Casi como convocada por la sulfúrea ira católica, una niebla densa encapotó esos días el cielo bogotano

como si se viniera el fin del mundo. De manera que, mientras el congreso sucedía casi a puertas cerradas, miles de curiosos, escondidos en la niebla de la policía, en los alrededores del predio, se enteraban de lo que sucedía adentro por el sistema del teléfono descompuesto, dando como resultado un nivel de exageración e irrealidad que generó una histeria colectiva, según Eric.

La estrella del evento era el mentalista Uri Geller, el israelí que doblaba cucharas con su mente. Su *show* venía después de unos brujos haitianos que demostraron el poder del vudú: poseídos por espíritus, masticaban vidrio, se azotaban, se pasaban antorchas por el cuerpo sin quemarse, mientras hablaban en lenguas que el público, aterrorizado, entendía sin conocer el idioma. La fascinación de la gente con Geller era

tal, que un vivaracho (según las malas lenguas, el propio Brother Simón) mandó a sus secuaces a propalar el rumor de que las cucharitas dobladas por la mente del israelí eran amuleto infalible contra el hechizo vudú. Previamente había comprado todas las cucharitas baratas de café que pudo, y puso a todos los chicos de su barrio a doblarlas por la mitad. Luego los mandó a la niebla, con una canasta bajo el brazo, a proclamar: “¡A cincuenta pesos la cucharita doblada por el maestro!”. (Las malas lenguas bogotanas aseguran hasta hoy que así pagó Brother Simón su congreso).

Ignoramos qué hizo Clarice en sus días en Bogotá, pero gracias a la formidable Marina Colasanti, su confidente y albacea, hoy sabemos que tenía preparada una breve conferencia como introducción a su lectura de *El huevo y la*

*gallina*, en la que pensaba decir, entre otras cosas: “Todo lo que llamamos natural es, en última instancia, sobrenatural, como el hecho de que hayamos inventado a Dios y que él, de milagro, exista. Lo que voy a leer a continuación es misterioso hasta para mí misma. Así que les pido que me escuchen no solo con la razón, y si media docena de los presentes sienten realmente este texto me dará por satisfecha”. Pero, a la hora de enfrentar al público, Clarice tuvo uno de sus conocidos ataques (“A veces me espeluzna la gente. Después pasa y me vuelvo curiosa y atenta”), y no solo se negó a hacer esa introducción sino que tampoco quiso leer el cuento ella misma.

Lo había llevado traducido, tal como le pidieron, pero la única traducción que tenía era al inglés. Así que no fue la autora sino una persona de la embajada brasileña la que leyó, en inglés, ese cuento hipnótico, que no es tan largo pero parece infinito, y les resumo aquí: “Por la mañana en la cocina veo el huevo. Solo ve el huevo quien ya lo ha visto. Pongo mucho cuidado en no entender al huevo porque, si hay pensamiento, no hay huevo. Lo miro en forma superficial, para no romperlo. La gallina, me han dicho, es el disfraz del huevo. Sí, para eso sirven las madres. La vida interior de la gallina consiste en actuar como si entendiera. Pero yo solo entiendo el huevo roto. Mientras hablo del huevo me olvido del huevo. Lo olvido por devoción. Hay quienes se presentan voluntarios al amor, pensando que el amor enriquecerá su vida personal. Pero en realidad es lo contrario: el amor es pobreza. Amor es no tener”.

El escritor colombiano Cobo Borda, que estaba ahí, dice que cuando acabó la lectura del cuento, Clarice permaneció en silencio, vestida de negro de pies a cabeza, hasta que el último de los decepcionados espectadores abandonaba la sala, y entonces se fue ella también. Nuestro querido Eric se perdió la escena. Esa mañana su hijito se había dado un golpe feo en el baño del hotel, hubo que llevarlo al hospital, Eric estaba tan tenso que de los nervios se rompió una muela y el chileno Müller chocó en el taxi en el que se dirigía de apuro al hospital. “Había una niebla muy negra en esa ciudad, ese día”, recuerda Eric. Pero, como pertenece a la raza de los periodistas que nunca se dan por vencidos, cuando volvió a México logró con paciencia y gracias a la siempre eficaz ley de los seis grados de separación, dar por teléfono con Marina Colasanti, la amiga de Clarice, que había ido a visitarla el día que esta llegó de Bogotá, y la Colasanti le contó a Eric que mamá gallina había traído de regalo de su viaje, a cada uno de sus dos hijos, una cucharita doblada, y cuando se las dio les dijo que las cuidaran mucho porque eran un amuleto contra la brujería. ☹

# NIEBLA negra en BOGOTÁ

Publicado en Contratapa, sección del diario argentino  
Página 12, el 15 de octubre de 2020.

por JUAN FORN

• Ilustración de Camila López



#### DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

#### EDICIÓN

— Pascual Gaviria

#### ASISTENCIA EDITORIAL

— Laura Almanza

#### COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Santiago Rodas

— Simón Murillo

— Estefanía Carvajal

#### PRODUCCIÓN EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

#### DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Manuela García

#### CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

#### ASISTENCIA DE COMUNICACIONES

— Yeison Sánchez

Esta es una publicación de la

Corporación Universo Centro

#### Distribución gratuita

Número 147 Diciembre 2025

Versión impresa - 10 000 ejemplares



universo  
centro

[universocentro.com.co](http://universocentro.com.co)

Puede enviar sus colaboraciones a:  
[universocentro@universocentro.com](mailto:universocentro@universocentro.com)



# AMORES COMO EL NUESTRO

por LUIS MIGUEL RIVAS • Ilustración de Cachorro



Que don Efrem quisiera matarme porque dije que me gustaba *Amores como el nuestro* de Jerry Rivera me pareció un poco exa-

gerado. Digo, está bien que uno sea salsero duro y todo, pero tampoco es para eliminar al que le gusta esa “melosería”, esa “porquería”, esa “salsa catre”, como gritó cuando empecé a cantar “Como los unicornios van desapareciendo, amar y ser amados es darse por completo”, luego de que me preguntó qué canciones me gustaban. Ese fue el segundo mayor susto que he pasado en la vida. Pero ni comparado con el primero, que fue un poco antes (porque los males, cuando llegan, vienen siempre juntos):

La noticia de la muerte de Yeni me había alborotado los recuerdos cuando creí que ya la había olvidado. Le mandé aquel salsaludo como una despedida: “Para Yeni, allá en el barrio que sabemos, para decirte que tu amor es un periódico de ayer...”, y después de eso, con el paso de los días, el despecho se me transformó en una nostalgia delgadita, una añoranza de ella sin que fuera ya ella porque sabía que no estaba, un dolorcito sin cuerpo, una pensadera linda con sonrisa y lágrimas a la vez.

Entonces fue cuando me dio por ponerme a oír salsa a toda hora. Había conseguido trabajo como mensajero en la oficina de unos ingenieros del centro y cuando llegaba a la casa prendía el equipo y de una ponía la emisora. El caso es que uno de esos días estoy pegado a la radio y después de *La cuna blanca*, que le dedicaban los de Guayabal La Raya a Morboloco, ese amigo que se fue sin decirnos adiós, oigo que Jairo Luis, el locutor, dice: “Para Manuel, el Muelas, en algún lugar de Envigado, mi cariño por ti alcanza hasta al otro mundo. De parte de Yeni”. ¿Será que escuché mal? ¿Se me estarán cruzando los cables?, pensé. Y para acabar de ajustar, enseguida Jairo Luis pone “Con la misma frialdad que tú me das, que me hace de ansiedad enloquecer... Pero yo seré un volcán y tú seguirás en hielo”, que era la canción que más le gustaba a Yeni, no sé por qué, porque para escarcha ella. De todas maneras, me tranquilicé pensando que eran pensamientos míos y me puse a pensar en otras cosas.

Fue por la época en que don Efrem se había encambuchado en una caleta por los lados de Santa Elena porque Moncada se amangualó con la policía y con los de la DEA para perseguirlo. El pueblo estaba calmado y en las fincas del patrón ya no se veían las fiestas con orquestas en vivo. Yo me la pasaba del

trabajo pa la casa y de la casa pal trabajo y como había dejado el trago paraba de vez en cuando en la tienda de Huber a tomarme un tinto. Una noche, recostado en el mostrador, mientras revolví el café con la cucharita, oí el hablado de tío jubilado de Jairo Luis saliendo de los bafles, otra vez dizque: “Para Manuel, el Muelas, ni en otro mundo podré olvidarme de tu cariño. De parte de Yeni”. Me quedé mirando el techo, paralizado, como si hubiera caído sin aviso en un capítulo de *Dimensión desconocida*. Cuando al fin pude reaccionar pensé: Hay tres opciones:

1. Me está enfermando tanto recuerdo de Yeni mezclado con tanta Latina Stereo.
2. Hay otra Yeni que está viva y otro Manuel el Muelas que vive en Envigado.
3. Yeni me sigue chimblando la vida después de muerta.

No pude llegar a ninguna conclusión y decidí no sintonizar más la emisora para evitar malos entendidos. Pero como igual no quería dejar de pensar bonito en la difunta le pedí a un ventero pirata de por mi trabajo que me recomendara unos cidís de salsa, y ahí fue cuando me pasó dos de Jerry Rivera, uno de Eddie Santiago y otro de Willie González. Por la noche cuando llegué a la casa los puse y me gustaron: me hacían recordar a Yeni de lejos porque siendo salsa no eran la salsa de ella. Y según don Efrem, ni salsa eran.

Al son de “Tú me haces falta por el recuerdo de lo vivido, tú me haces falta desde el momento en que di contigo” y “Qué hay de malo en amar, qué hay de malo en sentir, qué hay de malo en ser joven y vivir”, me fui olvidando de los saludos de mi desgracia mientras sentía a una Yeni vaporosa que me acompañaba sin asustarme.

Una tarde que andaba por el barrio El Triánón llevando unas facturas me encuentro con Héctor Portela, que me saluda entre cariñosos y admirado:

—Siempre fue que te volviste salsero, ¿no? Y además tremendo galán, ya te mandan mensajes y todo en Latina —me fue diciendo.

—Cómo así.

—¿Vas a decir que no lo escuchaste? Que para Manuel, el Muelas, que eres inolvidable o no sé qué vaina, de una pelada que no me acuerdo el nombre.

Todo el pánico que había tapado con la cortina de no pararle bolas a las cosas salió de sopetón y me pareció ver a la muerta haciéndome señas detrás de la espalda de Portela. Me despedí de afán y salí volado para la tienda de Huber y pedí un aguardiente doble que me entró como un remedio. Lo mejor de dejar el trago son las recaídas, pensé respirando hondo y pedí otro. Desde ese momento cada vez que me agarraba el terror de estarme enloqueciendo me tomaba unos tragos que me suavizaban el mundo. Voy otra vez para el desbarrancadero, pensaba, y después me decía que pa enloquecerme sin meterle nada a la cabeza al menos me enloquecía calmándome.

Un sábado estaba en la sala de la casa sorbiéndome un ron cuando siento el retumbar de la puerta con tremendos golpes y una voz escandalosa: “Manolo, Manolo, Manolo”. Salté hasta la ventana, corrí la cortina y vi a la Monja en el umbral frotándose las manos. Me pareció raro que me buscara porque siendo de los duros del patrón era uno el que siempre tenía que buscarlo a él si necesitaba algo. Abrí.

—¿Estás bien? —dijo apenas me vio. Me extrañó la pregunta, aunque sabía que muy buena presencia no tenía. Moví la cabeza arriba y abajo. —¿Seguro? —Sí. —Usted oye Latina, ¿cierto?

Me volví a extrañar, pero no me dio tiempo de responderle porque de una se fue entrando sin pedir permiso. Sirvió

un trago doble de la botella que ya estaba por acabarse. Se lo tomó, me sirvió uno como si fuera la botella de él y me lo extendió.

—¿Usted cree en espantos? —me miró fijo.

Debí haber puesto cara de tremendo terror porque soltó una carcajada y me puso la mano en el hombro.

—Venga, hermano, que vine por usted porque el patrón quiere verlo.

Yo no entendía nada, pero salí con él. Ustedes saben lo que significaba en esa época que el patrón lo mandara a llamar a uno así uno no hubiera hecho nada.

—Estese tranquilo que en el camino le explico.

Me puso una venda en los ojos y me mandó a tirarme en la banca de atrás del carro para que nadie me viera. Arrancamos y en medio del ajonjeoleo de las curvas y trochas me fue contando el asunto.

Todo ocurrió por el puro desparche y por la locura que le había agarrado al patrón. Cuando don Efrem mandó a matar a Yeni ya andaba encaletado. En esa covacha se la pasaba dando órdenes por el radioteléfono y, sobre todo, escuchando la emisora. Con tanta oidera de canciones y sin nada más que hacer que estar escondido se puso a pensar y a pensar, y terminó pensando que lo más importante que le había pasado en la vida eran la salsa y Yeni, que eran casi la misma cosa. Escuchaba en Sentimiento Latino a Richie Ray y Bobby Cruz y se acordaba de Yeni a su lado en el concierto del Madison Escuar Garden, ponían canciones de Celia Cruz y Óscar de León y se acordaba de Yeni bailando en el Maiami Arena, sonaba Niche en cualquier programa y se acordaba de la noche que la conocí. Y así se dio cuenta, ya muy tarde y con pena, de la brutalidad que había cometido: “Yo cómo es que no mandé matar más bien a ese noviecito en vez de a ella”, dijo, y se puso a llorar.

Por eso la tarde en que escuchó: “Para Yeni, en el barrio que ya sabemos... De parte de Manuel, el Muelas”, se le descompuso la cabeza y se enfureció de celos retroactivos. De una mandó llamar a la Monja y le dijo que fuera a averiguar en la emisora quién era el tal Manuel para que se lo pasara al papayo. La Monja oyó el nombre y abrió los ojos grandes:

—No, patrón, ese es un pelao sano, conocido mío, fue el que la llevó a la fiesta donde usted la conoció.

Y don Efrem, que cuando cogía impulso para la maldad ya no había quién lo parara, dijo:

—Bueno, de todas maneras búsqume al novio verdadero y me lo mata y a ese otro pelao por lo menos le pegamos un susto bien verraco por enamoradizo y güevón.

—Pero patrón, con esta situación no estamos para andar por ahí banderándonos con amenazas a chichipatos.

—Quién le está pidiendo su opinión, hijeputa —gritó don Efrem, energúmeno, como se ponía cuando le llevaban la contraria.

Al rato se calmó, pensó un rato y dijo:

—Ya ve que hasta razón tenés.

Pero ya se había aventado por el tobogán de sus retorcimientos y no tenía reversa:

—Bueno, no me lo amenace, pero entonces hagámosle algún daño o algo porque eso no se puede quedar así.

La Monja no supo responder y solo dijo que lo mejor era dejar quieto al pelao.

—Yo sí estoy rodeado es de hijeputas nenas —volvió a gritar el patrón y de un momento a otro se le iluminó el rostro—. Llámeme a Mario que ese es el único medio inteligente que hay en este corral de tarúpidos.

La Monja contactó por el radioteléfono a Mario Hurtado, el asesor cultural. Don Efrem le resumió la historia y al final preguntó con voz de niño malicioso:

—¿Cómo le meto un susto bien verraco a alguien sin tener que ir hasta donde está?

Mario carraspeó y se demoró un rato en contestar.

—Bueno, don Efrem... Se me ocurre que si a usted lo que le dieron celos fueron las palabras, asístelo con palabras.

—Usted sabe que yo no soy de amenazar con palabras. Yo lo saco es prendido.

—No, no se trata de amenazarlo. Coja un papel y un lápiz y anote lo que le voy a decir.

La Monja le trajo una hoja de cuaderno escolar y un lapicero Kilométrico, y don Efrem anotó lo que le dictó el asesor: “Para Manuel, el Muelas, en algún lugar de Envigado. Mi cariño por ti alcanza hasta al otro mundo. De parte de Yeni”, “Para Manuel, el Muelas, ni en otro mundo podré olvidarme de tu cariño...”, y otras cosas por el estilo.

—Sí el muchacho oye la emisora y escucha estos mensajes se va a pegar un susto peor que si usted lo amenaza de muerte —concluyó Mario.

—Hombre, usted sí es un verraco pa la maldad —dijo don Efrem, y colgó sin despedirse.

Le encargó a uno de sus lavaperros que llevara cada tanto un papelito a la emisora, advirtiéndole que era un encargo del patrón. Luego del tercer o cuarto mensaje se le alborotó el ocio pernicioso y le ordenó a la Monja que fuera a ver cómo estaba el pelao y que se lo llevara a la caleta porque para qué pegarle un susto a una persona si uno no la ve asustada. Así fue como de la mano de la Monja me encontré por segunda vez con el patrón en carne y hueso y tuve el segundo susto más grande de mi vida.

Cuando llegamos a la caleta nos estaba esperando sentado en una mecedora de mimbre con el radio al lado, sobre una mesita redonda. Apenas me vio la presencia achicopalada y el terror concentrado en la cara se puso contento, levantó el vaso de whisky como celebrando la coronada de un viaje y me miró con una sonrisa filosa, susquiniada. Mandó que me sirvieran un whisky, que me bogue de un trago, y me preguntó lo que ya tenía recontrasabido: que si yo era amigo de Yeni. Le dije que sí, pero que no la volví a ver desde que se había juntado con él.

—Ah, sí, es que ella desde que nos cuádramos se volvió muy casera.

Me preguntó que dónde la había conocido y todas esas cosas, y cuando fuimos entrando en confianza y la cara mala se le relajó, se puso a hablar de los álbumes que oía con ella y de la emisora y las orquestas, y me preguntó qué canción era la que más me gustaba y como yo estaba entre prendido y asustado empecé a cantar lo primero que se me vino a la cabeza: “Como los unicornios van desapareciendo amar y ser amado es darse por completo...”. Y no fue sino empezar a cantar y la cara de don Efrem encenderse y la nariz arrejuntarse con las cejas en una rabia chiquita y reconcentrada y se puso a gritar que cómo se me ocurría insultarlo en su propia casa y empantañar la memoria de Yeni con esa bazofia, con esa melosería, con esa porquería de música y ahí fue cuando sacó el revólver y me apuntó a la cabeza. Oí la voz de la Monja: “Cálmese, patrón, que vea que el pelao no tiene la culpa de ser tan marrano”. Entonces sonó un disparo. Me vi cayendo en las baldosas con un chorrito de sangre saliéndome de la frente.

Pero no me caí. Lo que siguió fue un zaparoco de ruidos de motores y metales y detonaciones y botas pisando duro y el grito de uno de los trabajadores de don Efrem: “¡Salida, salida!”. El patrón alcanzó a coger un maletín y el guardaespaldas lo guio hasta una puertita camuflada que había en la pared del fondo. La Monja me agarró del brazo y me arrastró detrás de ellos. Salimos a un barranco y después a una bodega donde

había una camioneta Bronco llanta balón. Don Efrem se montó adelante y la Monja me embutió con él en la banca de atrás. Arrancamos a toda velocidad por esas carreteras estrechas y curviadas de Santa Elena. El patrón le iba señalando al chofer por dónde ir mientras putiaba a la Monja por no haberse fijado si lo estaban siguiendo mientras venía con ese malparadito que vino a traer la desgracia. En una de esas voltio para mirar a la Monja y cuando me vio se puso rojo como un tomate.

—¿Y qué hace este pelafustán aquí?! Tiremelo del carro ahora que está vivo si no quiere que yo lo tire muerto —gritó con la cara brotada.

La Monja abrió la puerta.

—Ahí perdona, hermano —dijo y me empujó.

Caí peloteándome y cuando me empecé a parar para mirarme los raspones vi que la camioneta volvía en reversa. Paró a mi lado y don Efrem sacó la cabeza por la ventanilla con la mano estirada. Hasta aquí llegué, pensé.

—Vea, pa que aprenda a oír música de verdad, triplehijueputa. —tiró un cidí y arrancaron con las llantas chirriando.

Me sacudí el polvo y levanté la cajita, que había quedado al borde de la vía. La carátula tenía el dibujo de una morena deshaciéndose de a poquitos en verde y amarillo y al lado derecho, en letras de colores como de niño de escuela, decía “Picadillo a la criolla”, y más abajo dos palabras más grandes y mejor escritas: “Lebron Brothers”. De lo colorido uno hasta oía la música. Caminé por el borde de la carretera mirando la carátula y sin darme cuenta empecé a sonarme un ritmito en la cabeza y cuando menos pensé ya estaba cantando: “Como los unicornios van desapareciendo, amar y ser amado es darse por completo, un amor como el nuestro no puede morir jamáaaas”.<sup>©</sup>

Este texto hace parte de la publicación 40 DE VOLUMEN que celebra los 40 años de la emisora de salsa Latina Stereo.

Lea aquí la primera parte de esta historia.





# El presentimiento de las imágenes

por JORGE IVÁN AGUDELO • Archivo Fotográfico BPP

**1** Guiándose, tal vez, por el nombre de la exposición que está montando, *El presentimiento de las imágenes*, me entrega dos fotografías, con la idea de que yo escriba algo, una suscitación, un pálpito, lejos, eso sí, de la descripción y de los tecnicismos, dijo, y mientras mirábamos el hombre desnudo, el toro, el caballo, la sangre, la risa del encorbatado, recitó: para obrar intuitivamente, como dice Henry Miller, hay que obedecer a la ley profunda del corazón, una ley que soporta o permite que las cosas sean como son. Una ley que nunca se confunde, nunca restringe, nunca rechaza, nunca exige.

**2** Vuelvo, desde otro lugar, bajo otra luz, a las dos fotografías, y aparece una historia: un cuerpo desnudo merodea, sin saberlo, la sangre, el dolor, la fiesta, los colores, la pompa, el toro, el caballo y el rejoneador. También, como un posible punto de partida, tientan los nombres, los contextos: Henry Agudelo, reconocido fotoperiodista nacido en la ciudad de Medellín en 1959; su trabajo explora la violencia, la materialidad de la memoria, la muerte y sus rituales; entre sus premios más importantes se cuentan el World Press Photo (2004 y 2006) y el Premio Nacional Colombo Suizo de fotografía (2007). O, decir aun, cosas como: la luz, natural e intensa, proyecta sombras en el suelo; el uso del blanco y negro añade un tono dramático y recalca la extrañeza de la escena; la perspectiva frontal capta el contraste...

**3** Ni historia, ni nombres, ni contextos, ni someras explicaciones técnicas, obedezco, más bien, como me han sugerido, como dice Miller, a la ley profunda del corazón, pero, para corresponder a tanta libertad, a esa explanada, para no brincar en el vacío o, en todo caso, si hay que hacerlo, encontrar allí la sobreabundancia, el sentido que desborde, pienso y busco en Lezama Lima, en su *Expresión americana*: "Va la metáfora hacia la imagen con una decisión de epístola: va como la carta de Ifigenia a Orestes

que hace nacer en este virtudes de reconocimiento. Lleva la metáfora su carta oscura, desconocedora de los secretos del mensajero, reconocible tan solo en su antifaz por la bujía momentánea de la imagen".

**4** Nos volvemos a ver, y antes de que yo diga nada sobre Lezama, o sobre la metáfora, o sobre el poeta, *descarga eléctrica que se establece entre poesía y poema*, que no asiste a las imágenes y mucho menos a la historia como a lo ya acaecido sino como a lienzos en perpetua construcción, ella habla, de nuevo, del título de la exposición, *El presentimiento de las imágenes*, como si se tratara de una clave, una ruta, que bien puede partir, según dijo, de Bergson, y consistiría en una especie de espera, de una particular disposición para que aparezca una imagen, como en el caso de la memoria o de la imaginación creadora, diría el filósofo, continuó ella, y esto exige una inteligencia flexible, que se valga de su experiencia, y es ahí que veo al fotógrafo, en la intuición de la imagen, agazapada, en algún lugar, entre el plexo y la garganta, con afán cálido y visceral, como una corriente nerviosa, como un calambre.

**5** Entonces, buscando otras imágenes en las imágenes, agazapadas, en algún lugar, entre el plexo y la garganta, con afán cálido y visceral, como una corriente, como un calambre, como una descarga eléctrica, escribo:

Donde menos se espera salta la liebre pero alguno como si olfateara esa rendija en medio de calles iguales y monótonos parpadeos presente y anticipa la sorpresa

A prudente distancia del orden de los horarios un cuerpo solo atraviesa la canícula

Entre la batalla y cualquier tosca descripción del dolor y de la muerte todavía los colores que parecen flotar en un pantano

**6** Entre tanto, el montaje de la exposición *El presentimiento de las imágenes* avanza, indaga en el Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública

Piloto que, en diciembre de 2020, adquirió aproximadamente treinta mil fotogramas que conforman el fondo de Henry Agudelo, para presentar, en la Sala de Exposiciones de la Biblioteca, desde diciembre de este año hasta marzo del año entrante, una generosa muestra que recorre diferentes aspectos del trabajo de uno de los fotógrafos más destacados y versátiles de Medellín y Antioquia.



Contravía a la cultura cachaca. Bogotá, 1991.



Rejoneador Andy Cartagena en la plaza de toros La Macarena de Medellín. Segundo premio, World Press Photo, 2006.

## Ser una persona asociada en Confiar es



### creer en lo colectivo

Es hacer parte de una comunidad que construye bienestar, que toma decisiones de forma democrática y que reinvierte sus ganancias donde más importa: en las personas, sus familias y sus territorios.



SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA  
VIGILADO

Únete a la gente de Confiar aquí

confiar  
coop





Fotografía de Guillermo Melo. Rodaje de *La vieja guardia*. 1983.

# Los primeros años

por SIMÓN MURILLO MELO

• Fotografías del archivo personal de Víctor Gaviria

1 En 1979, más de treinta películas se presentaron en el Primer Festival de Cine Subterráneo Súper 8 MM. He visto solo una, la que se llevó el primer puesto, un documental sobre niños ciegos de la escuela de invidentes de Campo Valdés dirigido por un poeta de 24 años llamado Víctor Gaviria. Se llama *Buscando tréboles*.

Víctor estudiaba psicología en la Universidad de Antioquia. Andrés Upegui escribió años después que tenía “un bigote tupido y negro como el de un persa (...) sus manos eran delicadas y escuálidas como las de una niña tullida”. Tenía publicados dos libros de poemas que le habían traído premios y algo de reconocimiento en la ciudad. Vivía todavía con su familia en Florida Nueva, y tenía una gallada de vecinos, muchos de ellos antiguos compañeros de colegio, como Rubén Darío Lotero, Germán Beuth, Raúl González.

Upegui conoció a Víctor días antes del Festival. Pilar Posada, prima suya, novia de Víctor, lo buscó para resolver un problema que Upegui le podía solucionar: *Buscando tréboles* no tenía sonido, ni proyector. “No tengo los medios técnicos para sincronizar la música”, le dijo Víctor. Con su grupo, Upegui le prestó un proyector para mostrar la película y preparó la pista sonora. Cada vez que la iban a presentar, Víctor cargaba una grabadora con el casete y el proyector e intentaba poner a sonar la música al compás de las miradas vacías.

Víctor tenía 24 años, Andrés 22. Él también era concursante del festival de



Fotografía de Raúl González. Víctor Gaviria mira una escena mientras Andrés Upegui encuadra el plano. 1980.

Súper 8. Su película se llama *El Hurón* y hoy está perdida. Mostraba el día de un muchacho paisa que vaga por calles “semidesiertas” hasta terminar en el zoológico, donde ve a un hurón “encerrado en su jaula, que va y viene desesperadamente de un lado a otro, como un preso que ansía la libertad”. El muchacho regresa a su casa, lee un libro, luego una revista, luego se suicida con un revólver.

Víctor ganó quince mil pesos y la invitación a ir a la casa de uno de los jurados, el padre Luis Alberto Álvarez. Sacerdote claretiano, Luis Alberto era un hombre gigantesco, tan alto como gordo. Escribía de cine en *El Colombiano* y sus columnas

eran esperadas con la misma expectativa que un nuevo lanzamiento en El Subterráneo. Su pasión por las imágenes se cimentó cuando hacía sus estudios de teología en Roma. Como tenía prohibido asistir a espectáculos públicos, iba a cineclubes de las órdenes religiosas.

A su regreso a Colombia, Luis Alberto tenía claro que quería ser crítico de cine, un arte donde creía ver lo que él llamaba “el esplendor del orden”. Pero el cine nacional era todo menos esplendoroso. A pesar de los millones de espectadores y las muchas salas que había en todo el país, se hacían muy pocas producciones al año y el acto mismo de

filmar era una rareza: algo para los burgueses que pudiesen conseguir las cámaras y revelar las películas.

Luis Alberto sintió que con el festival de Súper 8 algo había cambiado. Días después escribiría en *El Colombiano*: “Víctor Gaviria, con muy poco dominio técnico, ha sabido poner sobre su sujeto una mirada tierna y profunda, angustiosa y humana. La misma dureza de lo burdo hace que esa mirada no se convierta en compasión dulzarrona sino en grito de solidaridad. De ahí que esos ocho minutos, tan fáciles de pasar por alto, sean los ocho minutos más reales del cine colombiano en mucho tiempo (¿tal vez de siempre?)”.

En la casa del cura en Villa con San Juan, ambos descubrieron que eran primos lejanos: José María Córdoba, tío político de Víctor, también era tío de Luis Alberto. Él guardaba una caja de películas grabadas por el papá de Víctor, Emilio, con José María y otro hermano. Víctor se dio cuenta de que “él hablaba de las películas como yo hablaba también de ellas”. Le impresionó que un tipo tan culto tuviera semejante devoción por películas familiares, que ambos amaran las mismas imágenes.

2

Después de graduarse del Calasanz, Víctor le pidió de regalo a su papá todos los cuentos de Hans Christian Andersen en la edición de dos tomos de Aguilar. Pasaba las tardes en una pieza calurosa de su casa en Colombia, lejos de la bulla de sus hermanos, y leía y escribía, llenando cuadernos a mano con cuentos y poemas.

Víctor entró a estudiar matemáticas en la Nacional, detrás de su hermano Juan. Aparte de las matemáticas, a Juan le interesaban la filosofía francesa y las artes marciales. Por su hermano, Víctor retomó la amistad con Jorge Alberto Naranjo, a quien había conocido siendo profesor en Calasanz: un hombre de saco cuello tortuga, incluso en los peores calores, que hablaba sin parar de Deleuze y Zuleta. A veces, para Víctor, “parecían en otro país”. El día de la muerte de Gonzalo Arango, le preguntó a Naranjo si lo había leído: no lo conocía.

Al año siguiente, 1974, Rubén Darío Lotero le dijo que estaban buscando profesor en el Theodoro Hertzl y allá lo llevó. Su primer día, el nuevo rector, Luis Horacio Lora, lo presentó ante los alumnos: “Lo conocí en San Ignacio, de donde lo expulsaron porque sus escritos habían incomodado a la Compañía de Jesús”. Víctor les mostró a sus estudiantes, apenas dos o tres años menores que él, una reproducción de *La Planchadora* de Picasso, obra del período azul de una mujer derrotada por el esfuerzo, doblada de cansancio ante un mantel o sobrecama que parece planchar una y otra vez: una aparición, el fuego fatuo de una vida perdida por el trabajo.

A Fernando Herrera, su estudiante de décimo grado, Víctor le habló de un taller de poesía que Nicanor Parra había organizado en Nueva York. Por alguna razón se enteró de que la poeta Olga Elena Mattei participó y guardaba en su casa algunos libros con las memorias de ese taller. Una tarde de sábado Herrera y Víctor cogieron el bus al Poblado y terminaron en el bosque que albergaba la gran casa de Mattei. Allá les pasó los cuadernos del taller de Nicanor y los recibió en cama, enferma: “Una mujer de una belleza pasmosa”.

A la salida tomaron una decisión: serían poetas. Fundaron el Taller de Poesía Nicanor Parra. Se les unieron los vecinos de Víctor en Florida Nueva, su hermano Juan, compañeros de su nuevo pregrado, Psicología en la Universidad San Buenaventura, como Pilar Posada, y varios estudiantes del Theodoro, como Lía Master, Mónica Farbiarz y Esther Fleischer. Cada viernes se juntaban para leer y comentar los poemas de cada uno.

Víctor subía a veces a Liborina, el pueblo de su familia, a hablar con el tío Miguel, quien rara vez había trabajado y pasaba sus días tocando violín, mirando muchachas, leyendo y escribiendo poesía. Miguel era un poeta de lo que más le interesaba a Víctor: el suspiro de los árboles, la titilante luz eléctrica de los bombillos, subir muerto del cansancio en una bicicleta con sus hermanos loma arriba, la ducha fría y el brillo de la luna.

Los poemas de Víctor eran prolíficos en besos con vecinas y pistiadas de sardinas, en decepciones familiares y galladas de muchachos que caminan por mangas de Laureles, Santa Lucía y Florida Nueva, en odios y maravillas de la infancia. Hay una sensación expansiva en ellos, como mirar una montaña desde los potreros de una ciudad que todavía no se terminaba: “Aún todo lo podemos decir / día tras día los pulmones se llenan de aire”.

En el Theodoro no duró mucho de profesor y tampoco en sus estudios de psicología en la Universidad San Buenaventura. Sobre su paso por la Universidad escribiría después: “Creo que me distraje más del tiempo necesario, / perdí algunas tardes (...) Me di un año (no estaba preparado) / y luego otro que a decir verdad transcurrió lento”. Después de uno de esos años lentos siguió estudiando psicología pero en la Universidad de Antioquia. Su hermana le trajo una cámara de súper 8 de Chicago. Con frecuencia se le veía por la ciudad universitaria con ella, grabando todo lo que veía. A Guillermo Melo, profesor de Comunicación social y periodismo y con reputación de buen fotógrafo, se le acercó un día: “Memo, vos que sabés de cine, ¿me vas a enseñar a manejarla?”.

En la de Antioquia el profesor y poeta Elkin Restrepo había comenzado a editar una revista con José Manuel Arango y algunos de sus colegas. Querían competirle a la poesía capitalina y por eso nombraron la revista con un vocablo del “gran Barba”, nuestro gran embaucador: *acuarimántima*.

Luz Amalia, la novia de Juan Gaviria, era amiga del director. A través de

ella, Víctor le envió algunos de sus poemas. No eran muy buenos, pero iluminaron un brillo jugueteón en los ojos de Elkin y decidió publicarlos. Pronto, en el número 14 de la revista, Víctor se unió al equipo de *acuarimántima*. Semanas después, Elkin caminó de la Universidad a la oficina de Avianca en Carabobo, a recoger la correspondencia de la revista. Era una rutina para él y siempre lo hacía a las 5:30 en punto. Alguien lo esperaba: un hombre extraño y tartamudo. “Tengo unos poemas: ¿los puede leer?”. Elkin lo invitó a su oficina. El extraño se llamaba Helí Ramírez. No hablaba mucho.

Elkin nunca había leído nada igual: “Tengo en mí un poquito de cosas buenas / y muchas muchas cosas malas en mí tengo / mis parientes antiguos según chismes / eran brujos duendes y matones / y si llegaba un forastero a la casa se escondían / Odio a los hombres y sus máquinas / Confianzas con nadie no me gusta ni siquiera con la / cuchara y los hermanos / No creo en las palabras y con los hechos dudo”. En su mundo la vida muerta trepaba la montaña por una redícula de tugurios y callejones. Las colinas escondían cuevas donde las galladas “brujiaban” y esperaban a las flacas para invitarlas a un mundo de sangre y dolor.

Helí nació en un corregimiento de Ebéjico. Apenas recordaba esas montañas pero sí la noche “en que llegan por mi papá, que llegan los manes esos con fierros y alumbrando con lámparas... A él lo sacaron a media noche. Un fulano me pone la lámpara en toda la cara... junto a la lámpara el fierro, el tubo”. Tenía cuatro años. A los ocho días siguió el abuelo y entonces “la cuchara se viene para Medellín y aterrizamos en Belén Rincón”.

La suya era la historia de una ciudad que ya era otra: tantos, tantísimos que cargaban muertos y venganzas colonizaban las laderas y faldas del valle de Aburrá. Elkin, en uno de los muchos gestos proféticos de su vida, publicó el primer libro de Helí con la editorial de la Universidad, le consiguió trabajo de mensajero en el Seguro Social, y lo invitó a hacer parte del comité editorial de *acuarimántima*. Era apenas unos años mayor que Víctor. Helí bajaba de la clínica del Seguro a la Universidad e invitaba a

tinto. “No vas a pagar”, decía con voz cavernosa. Casi nunca hablaba. Permanecía como una piedra, escuchando a José Manuel y a Elkin decidir los temas de la próxima revista.

Víctor también hacía silencio. La diversidad de voces en *acuarimántima* se le parecía a lo que decían los amigos cosmopolitas de su hermano Juan, de lo que escribían los franceses que enseñaba Naranjo. Leía a Helí con obsesión. Ahora, cuando escribía, pensaba en él. Quería que “el lenguaje mismo pegara un salto”, como hacía Helí.

En 1978 publicó su primer libro de poemas, *Alguien en la ciudad también perplejo* y ganó un premio con él. En *acuarimántima* conoció al crítico de cine Luis Fernando Calderón y en un viaje a Juradó escribió algo de lo que pensaba por esos días “Lo primero es reconocer que uno no tiene lenguaje. Luego tartamudear. Un tartamudeo tonifica más el espíritu, lo golpea más que una frase pulida. Un tartamudeo es lo que viene”.

Al año siguiente tenía otro libro de poemas, *La luna y la ducha fría*. Se lo dedicó a Noris, una de sus novias, a su hermano Juan y a Germán Beuth, amigo de toda la vida. En *acuarimántima* se enteró de que José Manuel Arango estaba escribiendo unos poemas sobre niños sordomudos, y eso lo llevó a la Escuela de ciegos y sordos de Campo Valdés donde, con la cámara que le trajo su hermana Marta de Chicago y con la compañía de su hermano Juan grabó lo que sería *Buscando tréboles*.

Ese fortuito 1979 escribió un poema sobre su edad: “A los veinticuatro años ya han terminado tantas cosas / nunca más podrás ser adolescente / aunque montes en bicicleta y te gusten tremendamente / las muchachas (...) no podrás ser ingeniero sin al mismo tiempo ser magistro. / No podrán gustarte de igual forma los pastos / de fútbol encendidos como un lento fuego / ni los colegios femeninos en el Centro / Nada de esto te gustará igual / sino más hondo / donde no hay ya gusto ni disgusto / sino más hondo donde las cosas brillan con un / fuego interior / o son terriblemente negras / (...) Ahora sólo quiero pasearme de un barrio a otro / Voy a visitar mis

Fotografía de Guillermo Melo. Rodaje de *La vieja guardia*. 1983.





Fotografía de Raúl González. Rodaje de *La lupa del fin del mundo*. De izq. a der: Rubén Darío Lotero, Víctor Gaviria, Andrés Upegui, Noris Rodríguez, Álvaro Ramírez, Luis Alberto Álvarez. 1980.

siete casas / de mis veinticuatro años / y a cada una le diré / Aún permanezco / Aún continúo aquí / Pero pronto me iré”.

Con los quince mil pesos que se ganó en el festival de Súper 8, Víctor refundó *Buscando tréboles*. La nueva versión es muy parecida a la primera: el cura desdoblado un poema de dos metros y medio escrito por los estudiantes, la chucha cogida a ciegas, el mono en los árboles, la búsqueda de los tréboles. Si en la anterior las tinieblas del súper 8 se acoplaban a la del internado, ahora *Buscando tréboles* es luminosa, clara, tan nítida como una piscina.

A Dora Ramírez la grabó ante un laberinto de cuadros de colores en su casa de Caracas con Sucre. La casa era un cascarón y pronto se la tragaría el ensanche de la Oriental. La película resultante se llamaría *Sueños sobre el mantel vacío*, una galería de arte en ruinas con Gardel de fondo.

Víctor creció en La Floresta, en una casa cerca del parque. “Todos los días eran sábados”. Seis hermanos, dos hermanas. Víctor andaba detrás de sus hermanas cada vez que podía, “pendiente de buscarlas, de dormir con ellas, de conversar con ellas, siempre admirado de lo que eran”.

Con película que compraba en Duperly o en Movifoto, su papá grababa escenas de primeras comuniones, cumpleaños, navidades, viajes al Cauca y las proyectaba a toda la familia en una sábana blanca. “Luego, como un castigo”, llegó al Calasanz, “el pavoroso y bello afuera”. Tenía pocos amigos y se la pasaba jugando fútbol. En 1962, en los descansos de segundo de primaria, solo se hablaba de los misiles que pronto caerían sobre Cuba, sobre nosotros. En su cabeza resonó con terror y promesa esa idea tan extraña: “el fin del mundo”.

En 1965 Víctor pasó del Calasanz a estudiar con los jesuitas: al que había sido el colegio de su papá y ahora era el de sus hermanos. Hacía menos de una década que el San Ignacio se había trasladado de la mansión gótica del centro a



Anónimo. Rodaje del remake de *Buscando tréboles*. 1980.

un potrero justo al lado del recién inaugurado Atanasio Girardot. Sobre el potrero, la firma Fajardo Vélez construyó una fortaleza modernista de enormes y oscuros pasillos.

Cada que podía estaba en las canchas. “Yo pensaba solo en fútbol”. Era hincha del Medellín como su papá y su ídolo era Omar Oreste Corbatta: el Arlequín. Extremo, antiguo ídolo de la selección argentina, bicampeón con Boca Juniors, Corbatta llegó a jugar al Rojo en el ocaso de su carrera. “Se puso a beber y tuvo su bajón”, pero a veces se le veían destellos de la magia que vivía dentro de él. “Era un circo ver a ese man: tenía un chanfle tan hijueputa que hacía unos goles olímpicos cada rato”.

Con la plata que le sobró del *remake* de *Buscando tréboles*, Víctor regresaría a su colegio para rodar. “Tengo un guion”, le dijo a Andrés Upegui. Sería su tercera película, la primera con una estructura dramática, la primera con una producción compleja, la primera con actores naturales, y la única vez hasta el día de hoy en que Víctor mostraría algunas imágenes de su vida: *La lupa del fin del mundo*.

En ella, un grupo de ignacianos recorren el desolado colegio mientras

esperan el apocalipsis. “Yo creo que va a haber guerra. Mi papá dijo que de esta no se salvaba nadie”, le dice un muchacho a otro. “¿Aquí también?”. “En todas partes”. Los adultos solo se entrevén por momentos para mostrar su poder. Las únicas mujeres son apenas siluetas lejanas que lavan y lavan los pasillos del San Ignacio en silencio. La película sucede completamente en interiores del colegio o en un bus donde se ve una ciudad de mangas y edificios a medio terminar. En ninguna parte aparecen las inmensas canchas que tanto significaron para él.

El padre Luis Alberto Álvarez fue sonidista. Luis Fernando Calderón y Andrés Upegui, los asistentes de dirección;

Calderón y Álvaro Ramírez fueron directores de fotografía, Rubén Darío Lotero, Raúl González y Dora Luz Echeverría, los utileros. Su novia Noris Rodríguez hizo continuidad. Pilar Posada la música. Camilo Moreno, el mismo de *Buscando tréboles*, fotofija. El productor, sin crédito, fue Upegui nuevamente, quien consiguió a los actores de un taller de actuación de La Piloto: a Juan Carlos, Manuel, Freddy, Ricardo, Federico, Nicolás y Nicolás.

Cuando les intentó mostrar por primera vez a los niños cómo actuar, se murieron de la risa. Rodaron en vacaciones,

con el colegio vacío. Con frecuencia, Víctor se sentía frustrado con el proceso. En un clásico gaviriano, no hacía repetir la escena una y otra vez, “no, espere, hermanito”, hasta que Upegui le decía que no más, que ya son las cinco de la tarde: si el plano no se hace ya, salga como salga, no se hará nunca más. Después de grabar “siempre, siempre”, salían a rumbear a la 70.

Víctor era temblor en el San Ignacio. Ganaba con frecuencia el premio al mejor compañero y, en 1971, lideró la victoria de 4C sobre los de sexto en el torneo de extraclases. “Por eso es que pensaba solo en fútbol. Estaba ganando unos torneos los hijueputas”, me dijo Víctor más de cincuenta años después. Antes había escrito: “la cancha: / muchachos sin sexo / que se odian / Fugaces abrazos / de sombras en la hierba”.

Un jueves después de clases, mamado del fútbol, terminó escabulléndose al auditorio. El cinemátografo zumbaba con *Persona*, de Bergman. Estaba en sesión el cineclub Cine67, organizado por estudiantes, supervisado por jesuitas y probablemente el primer cineclub escolar de la ciudad. Las películas que presentaban no podían ser más vanguardistas, justo lo que *El Colombiano* prohibía. Había que pagar inscripción pero Víctor entraba de colado. La selección era increíble: el *Satiricón* de Fellini, Antonioni, Costa-Gavras, Truffaut, Buñuel. Fue ahí que Víctor vio por primera vez *Psicosis*, *Los Pájaros*, *Las tribulaciones del estudiante Törless*.

A cuarto llegó Alberto Quiroga, quien acababa de perder el año y ya había leído a Cortázar, a Vargas Llosa, a García Márquez. Víctor ni siquiera sabía quiénes eran. Se sentía intimidado por Quiroga, por los intelectuales de Cine67. Pronto pasaba las tardes en casa de Quiroga leyendo a Freire, soñando la revolución.

Siguió a Quiroga a *El Globo*, el periódico del colegio. Ahí conoció a Rubén Darío Lotero, un año por debajo

de él. En *El Globo* Víctor publicó varios cuentos sobre el apocalipsis, sobre la evaporación del mundo y la gestación de uno nuevo. Fabiola y Emilio, sus padres, se divorciaron por esos años y él se fue a vivir con su mamá y sus hermanos a Florida Nueva, justo encima del bar El Tufo.

Al final del año un profesor se ausentó de clases. Los ignacianos aprovecharon y voltearon el salón: los pupitres, las sillas, el calendario. Quiroga colgó la caneca de un clavo y metió al cristo, volteado también, dentro. A su regreso el maestro estaba lívido. Los líderes de la revuelta, Víctor y Quiroga, fueron llevados a donde el rector: estaban expulsados.

Pero volvieron. En *El Globo* escribieron un texto “El cristo en la caneca”, que le daba un marco teórico al impulso del momento. Víctor era un deportista estrella, buen estudiante y cada mes izaba bandera. Arrepentidos, les permitieron seguir a quinto, donde llegó hasta la final de Coros y Conjuntos con una canción protesta, “existencial y política”.

En 1971 la policía y el ejército masacraron decenas de estudiantes en la Universidad del Valle. Víctor escribió una obra de teatro revolucionaria, perdida hasta en la memoria. Cansados de la quinta columna, los curas lo volvieron a sacar, esta vez de verdad. Víctor volvió al Calasanz. A la historiadora Susana Turbay le dijo que “Ya se habían olvidado de mí, pero yo no de ellos. [...] No sabía si estaba en el pasado, o en el presente. Se me juntaron esos dos tiempos. Para mí los sitios del colegio tenían un significado sagrado, como lo tienen todos los sitios para uno cuando es pequeño, en la infancia. Si yo tengo algo de poeta, fue de ese momento”.

Nada de esto aparece en *La lupa del fin del mundo*. En vez de victorias en las canchas, hay muchachos temerosos que no salen de los pasillos: “Mira a López todavía estudiando”, comenta un niño de otro que no levanta la mirada de un libro. En una escena, dos conversan tras rejas de metal, pues uno de ellos fue encerrado por el padre Arteaga en el baño: “Hoy pusieron muchas tareas”, le dice el que está libre al prisionero.

*La lupa* es la historia de su hermano Luis Carlos. Tan brillante como competitivo, Luis Carlos pasó su juventud preparándose obsesivamente para quién sabe qué. De los mejores de su curso, Víctor lo veía día tras día “estudiar con una imperturbable desolación”. Era el ejemplo de la casa, el orgullo de su mamá. En un momento quiso ser cura, pero la familia no lo permitió. Antes de llegar a los veinte una mortaja pesada de cansancio empezó a acumularse en él. Entró a estudiar economía, donde su dedicación e inteligencia lo seleccionaron pronto para una beca en Harvard.

Allá no alcanzó a terminar el año. Volvió a la casa de su mamá. Secuestrado en sí mismo, rehuyó ambiciones y afectos por un obsesivo presente. A veces salía a coger el bus de San Juan camino a la casa de Luis Horacio Lora, su último amigo. Solo la acera era real, todo lo demás lo superaba. “No me puedo pasar de diez minutos”, le decía, “¿me entiende? Hoy es sábado y mañana es domingo y la semana entrante tengo unos proyectos. No me puedo pasar de diez minutos”. Por algunos años conservaría algo de lucidez. Víctor escribió de él que “el corazón educado en el vacío durante años por una galería interminable de maestros y parientes, ahora se ensancha y se enamora del vacío”. Luis Carlos pasaría el resto de su vida en “una casi noche de ánimo indiferente hacia los demás y estrictas cuentas para consigo”.

Las películas de Víctor están llenas de niños invisibles. Niños que buscan tréboles, niños que matan y se matan, niñas que venden rosas, niños que corren por pasillos vacíos, niñas que sueñan un hogar, niños que buscan una batería, niños que quieren volar, niños que esperan el fin del mundo. “Cientos de manos de niños que me saludan / desde la sombra...”.

Toda su vida Víctor estuvo atrapado en contar historias de otros. Cuentos en los que la violencia repta por las vidas de sus personajes antes de doblar sus destinos. *La lupa* no es solo el comienzo de los tiempos modernos en nuestro cine: es una película sobre la niñez de Víctor.

Yo, que también corrí por los pasillos del San Ignacio, que escribí en *El Globo* y que aceché los escondites de la biblioteca, veo a *La lupa* como un espejismo. Hay momentos de inquietante mimesis, como si estuviera viendo en la pantalla un espejismo de mi propia vida. Es, otro clásico gaviriano, una historia de fantasmas.

*La lupa* fue elegida la mejor película del segundo y último festival de cine de súper 8 de El Subterráneo. En unos meses, Víctor abandonó la universidad y empezó a pasar las tardes en Villa con San Juan, en casa de Luis Alberto, oyéndolo hablar de cine. Lo último que le dejó la de Antioquia fue conocer a Marcela Jaramillo en la biblioteca. Ambos eran monitores, ella estudiaba antropología y pronto conversaban horas y horas sin parar.

Una tarde de sus 13 años, jugaba fútbol en el parque cuando un grupo de vecinos de su edad llegaron cargando bandejas, joyas y cuchillería de la casa de cada quién. “Víctor, vámonos”, se escaparán, irían a probar suerte a la costa. No pudo acompañarlos. Su siguiente película fue sobre ese deseo incompleto de huir. Con algunos de los mismos actores de *La lupa* y un equipo muy similar, hizo *El vagón rojo*, una historia de un grupo de estudiantes que escapan de clase para ir al desguzadero del Ferrocarril de Antioquia donde sueñan otro lugar, otro mundo.

Víctor conoció a Gonzalo Mejía en un evento de jóvenes cineastas en el Museo de la Cera. Gonzalo tenía una productora incipiente con Rodrigo Tamayo y varias películas encima. Juntos rodaron un año entero una historia demente de mafiosos, viejos y niños en el parque de La Floresta que duró un año entero, *La Jirafa en el parque*. “Rodábamos como un hijueputa”, me dijo Víctor. “Y todo el mundo tuvo que ver”. No logró cuajar. Víctor decidió enterrar la película y con los años todas sus imágenes desaparecieron.

El fracaso no lo detuvo. Andrés Upegui se fue a vivir a Bogotá, a trabajar con Focine. En su nuevo puesto, Andrés conoció a otros provincianos que estaban haciendo cine: a Mayolo, a Elsa Vásquez, a Rodrigo Lalinde. Cuando iba a la capital, Víctor “mantenía en casa de Andrés”. Fue ahí donde se le apareció un día Jorge Mario Álvarez, un hombre con años de experiencia trabajando en televisión. Él, como todos, había escuchado que un canal regional, Teleantioquia, estaba en el horizonte. Quería fundar una productora para anticiparse, por el arte y el negocio. La hermana de Jorge Mario metió plata y les presentó a Hugo Restrepo, Luz Elena Escobar y Héctor Tabares: los tres tenían plata, los tres estaban metidos con los mágicos. Luis Fernando Calderón fue a Panamá a comprar las cámaras a descuento y nombraron su productora Tiempos Modernos.

Nacido del fiasco de *La Jirafa en el parque* y de la mediación de Upegui en Focine, siguió un corto en 16 mm, *Los habitantes de la noche*. Los “problemas técnicos” de los que Luis Alberto hablaba en el primer festival de El Subterráneo tenían que ser cosa del pasado. Con Upegui, Calderón y Jorge Mario detrás de él, Víctor contó una historia de una

gallada de muchachos que van a rescatar a un amigo en el sanatorio mental.

Basado en un cuento de Juan Diego Mejía, Víctor construyó una historia sobre jubilados del desaparecido Ferrocarril de Antioquia, *La vieja guardia*. Los actores fueron los mismos cuchos de *La Jirafa* y Gonzalo Mejía nuevamente el codirector. Lalinde fue por primera vez en su carrera el encargado de la fotografía. A Luis Alberto le encantó. Escribe de Víctor que: “Creemos que su aprendizaje básico ha terminado y que ya no es solo un talento prometedor sino un realizador en forma”.

Teleantioquia se inauguró en 1985 con una película suya, *Que pase el aserrador*, basada en el cuento de Juan del Corral, la historia de un hombre encantador que embauca a unos colonos franceses en una hacienda del Nus. Para esa película llegó a Tiempos Modernos Juan Guillermo Arredondo, el Chiqui, camaján, documentalista y pronto el mejor amigo de Víctor. Ese mismo año, Focine sacó una convocatoria para mediotrajados para televisión. Dos guiones de Tiempos Modernos ganaron: *Los músicos*, de Víctor, sobre un dúo de guitarras vagando por el Cauca, idea original de sus amigos Juan Escobar y Regina Pérez, y una historia de muchachos de Laureles y sus novias de Andrés Upegui, *Lugares comunes*.

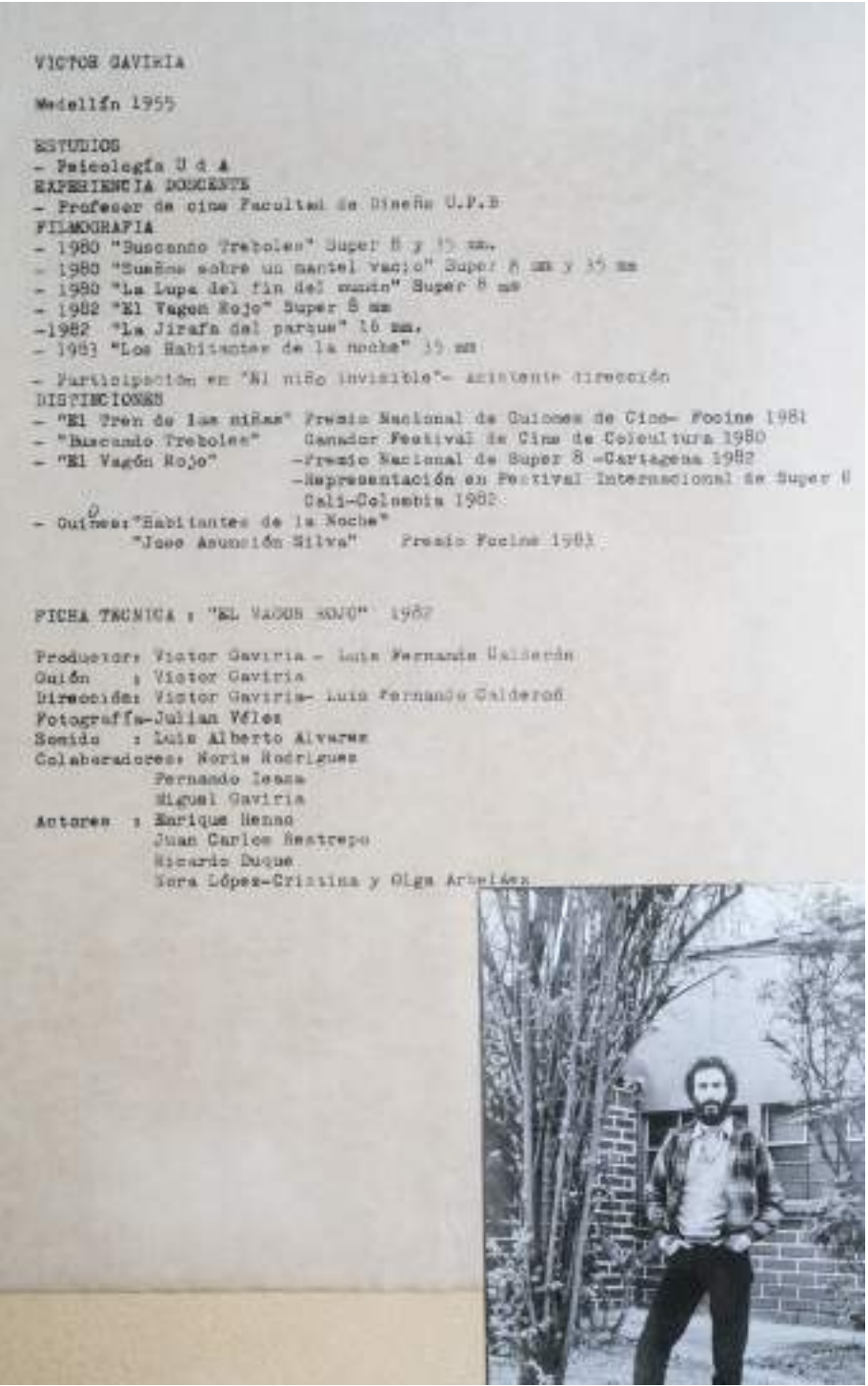
Uno de los actores de *Los músicos*, el escritor Óscar Hernández, le dijo que tenía que conocer una historia:

era sobre su nieto. Víctor se reunió con él en el parque de Itagüí y lo entrevistó durante cuatro horas: de casi cien que había en su gallada, solo quedaban tres. Los casetes se apilaban en su habitación y un día lo despertaron: se habían derrumbado como una pirámide de arena.

El mundo de su infancia ya no era. Había acabado de cumplir treinta años. La ciudad de Helí, los sardinos y flacas de sus barrios, eran ahora Medellín. Las montañas estaban cubiertas de tugurios, el río estaba muerto y cada esquina amenazaba. La guerra venía.

Quería hacer algo sobre los barrios de la montaña, sobre vidas que no eran suyas pero que casi podían serlo, sobre las palabras menores de vidas cortadas pronto. Un salvaje mierdero, pero uno en el que los muchachos hacían lo mismo que él: arte en medio del apocalipsis.

En las oficinas de Santa Gema de Tiempos Modernos se realizó una convocatoria para adolescentes de toda la ciudad, era el *casting* de una serie llamada Décimo grado. Ahí conoció a Ramón Correa, quien escribía poemas y canciones de su vida en Villa de Guadalupe. Décimo grado nunca se rodó en Medellín, sino en Bogotá. Ramón creyó que esos manes de Tiempos Modernos eran pura caspa. Hasta que a los meses, alguien lo estaba llamando. Era Víctor: “Nos ganamos un concurso de guion en Focine. Vamos a hacer una película titulada Rodrigo D”.



Hoja de vida de Víctor Gaviria.



Con este duelo simultáneo de una familia del Suroeste, cerramos el ciclo de relatos sobre la vida doméstica y familiar en Antioquia. Recorrimos los siglos XVIII, XIX y XX en diferentes regiones: desde el calor de Santa Fe de Antioquia y Segovia, pasando por la primavera de Medellín, hasta las neblinas de Rionegro, Marinilla y, por último, Caramanta. Aquí, un drama familiar diluido en la bruma.

# Rogá a Dios por mi alma

Caramanta, 1917

por FELIPE OSORIO VERGARA • Ilustración de Tobías Arboleda

*“Subo dejando a un lado todo aquello que me oprime, es decir, los faraones que no me dejan avanzar, como son: el odio, los rencores, las prevenciones, los reparos, la indiferencia y, sobre todo, los sentimientos pecaminosos hacia los demás”.*

Fabio de Jesús Osorio, docente caramanteño, en *Cómo subir liviano al monte de la oración*.

Eran las cuatro y cuarto de la mañana cuando unos gritos y lamentos despertaron de un salto a Faustiniño Salazar, quien levantó las colchas de lana, se calzó unas cotizas de fique, se arregló la ruana y corrió hacia el portón de su casa. Abrió la puerta de madera y vio la figura de Alberto Osorio, su vecino, aclararse entre la neblina espesa que, a esa hora, envolvía a ese pueblo del Suroeste en un manto helado. “¡Vecino, venga! Ayúdeme, mi papá está muerto”. Faustiniño subió corriendo la loma de la Calle Caldas que separaba ambas casas, y al entrar en la morada de sus vecinos, fue hasta la alcoba donde yacía Manuel Osorio, padre de Alberto, y lo encontró acostado en una cama, boca abajo, al rincón de su esposa Julia Rosa, que estaba aturdida por el suceso. “Le saqué un brazo que tenía pisado con el cuerpo y al pulsarlo observé que aún estaba vivo, por lo que corrí a llamar al farmaceuta”, relató Salazar.

Minutos después y acompañado del boticario Juan de la Cruz Valencia, volvieron a pulsar a Manuel Osorio, pero ya estaba muerto. Alberto, con la voz entrecortada, les dijo que arrimaran a la otra alcoba, donde dormían sus hermanas. Una vez allí, Faustiniño y Juan de la Cruz dejaron caer sus quijadas, se santiguaron, y quién sabe si invocaron a las ánimas benditas o a la virgen de la Inmaculada Concepción —patrona del municipio—, lo que sí es seguro es que un frío sepulcral les corrió por el espinazo en esa madrugada caramanteña del 24 de agosto de 1917. Acercaron el farol de mano y allí, en una cama, encontraron los cadáveres de María Lucila, de 16 años; Julia Rosa, de 7; y María Jesús, de 3. Nunca en la historia del pueblo, ni aun antes de llamarse Caramanta, se había visto cosa semejante.

## ¿Una vida perfecta?

Manuel Osorio Giraldo fue el segundo hijo del agricultor Teodomiro y

el ama de casa Balbina. Llegó al mundo cuando su padre tenía 23 y su madre 21 años, en la Caramanta de 1869, un pueblo encaramado como nido de águila en una cuchilla de la cordillera occidental, que se le había conocido como “Sepulturas” por los muchos enterramientos indígenas que fueron saqueados durante la Colonización antioqueña. Sin embargo, el matrimonio no era de campesinos comunes y corrientes, sino que era una familia adinerada, por eso, durante su infancia, Manuel gozó de comodidades y de una educación mucho mejor que la de la mayoría de los niños del pueblo.

En sus veinte, Manuel y su prima Julia Rosa Osorio, quien también era vecina, empezaron con coqueteos que florecieron en un noviazgo, pero por tratarse de parientes, debieron pedir dispensa matrimonial al obispo de Santa Fe de Antioquia, Nepomuceno Rueda. Una vez les dio licencia, la pareja se casó en agosto de 1894. Estas uniones endogámicas eran comunes en Antioquia debido al aislamiento geográfico y como una manera de conservar el patrimonio familiar.

Hasta donde se sabe, el matrimonio Osorio Osorio tuvo ocho hijos: tres hombres y cinco mujeres. “El estereotipo de la alta fecundidad antioqueña resulta confirmado por las cifras estadísticas. En 1892 había más madres en Antioquia con ocho o más hijos que en el resto del país”, señala la historiadora Patricia Londoño en *Mosaico de antioqueñas de siglo XIX*.

La vida de Manuel aparentaba ser tranquila, perfecta: una infancia cómoda, una jugosa herencia, un matrimonio

feliz y una nutrida descendencia. Pero nadie sabía la suerte que le aguardaba.

## Una fortuna perdida

Osorio era considerado un caballero en todo el sentido de la palabra. Sus vecinos resaltaban su honestidad, amabilidad y humanidad con el prójimo. Era un hombre respetable en Caramanta, que según el censo de 1912 era habitada por unas cinco mil almas y era un pueblo en crecimiento, nodo comercial entre Antioquia y Caldas, y dispensa para las minas de la cercana Marmato. Sin embargo, sus malos manejos económicos y su gusto por el licor le hicieron perder su riqueza. “Manuel nació de padres acomodados, disfrutó de comodidades heredadas y se vio luego desposeído de todo, lleno de hijos, familia sin techo y sin pan. Él, de temperamento nervioso, se vio impotente para sufragar los gastos necesarios, aun los más indispensables”, señaló Ismael Ossa, caramanteño que conoció a Osorio desde su infancia.

Con el dinero cada vez más escaso y los gastos siempre crecientes, Manuel comenzó a beber más y más, buscando diluir sus problemas en el aguardiente y escapar, en cada borrachera, de la pobreza que lo asfixiaba. “Manuel usó y abusó de bebidas alcohólicas, mas no por herencia, porque su padre sí tomó licor algunas veces, pero no para llamarse bebedor y su abuelo no tomaba licor de ninguna clase”, declaró Joaquín Restrepo, otro caramanteño que conoció a Manuel desde niño.

Los problemas financieros, aunados a las cada vez más frecuentes borracheras, transformaron a Manuel del

“caballero ejemplar” que todos admiraban, en un tirano que se desquitaba con su familia. “Osorio fue supremamente enérgico en su casa, en términos de que su esposa e hijos temblaban y le obedecían sus más extravagantes mandatos, aunque para ellos fuera un sacrificio, pues le temían terriblemente. Osorio era un Nerón en su hogar, [...] su familia fue mártir de los caprichos de este hombre”, expresó Juan de la Cruz Valencia, boticario del pueblo.

Un día de 1912, atribulado por la mala suerte en los negocios y la pobreza, Manuel pensó quitarse la vida. Le dijo a su esposa, que por ese entonces estaba pasando la dieta después del parto, que dejaran de comer y que esperaran la hoz de la Muerte. “Hace cinco años pretendió suicidarse encerrándose y estando siete días sin recibirnos alimentos. Hasta que, a fuerza de rogarle, logramos que nos recibiera. Y en ese tiempo nos ordenaba que nos

dejáramos morir, que no tomáramos alimentos”, declaró Julia Osorio, esposa de Manuel, la tarde del 24 de agosto de 1917. Incluso, este episodio fue tan comentado en el pueblo, que el alcalde de ese entonces tuvo que intervenir para hacer cambiar de parecer a Manuel: “En una ocasión me tocó luchar a palabra con Osorio hasta disuadirlo de su propósito de matarse o dejarse morir, pues llegó a estarse varios días sin comer, encerrado con su familia”, reportó Ricardo Velásquez, residente en Jericó, pero que había sido alcalde de Caramanta años atrás.

El desencanto con la vida que expresaba Manuel, su desgano, su aislamiento y su actitud expectante a la muerte eran señales de alarma que llamaban la atención sobre su salud mental, pero que, en aquella época, quienes lo rodeaban no contaban ni con el conocimiento ni con las herramientas psicológicas para detectarlas y mucho menos tratarlas.

## Me voy a buscar la vida

Manuel estaba cansado de Caramanta. El lugar que lo había visto nacer y que le había dado sus mayores alegrías, se había convertido en origen de sus desgracias. Ningún negocio le despegaba, la fortuna lo había abandonado: “Mi esposo vivía desde hacía largo tiempo muy aburrido por su pobreza y porque la suerte no le ayudaba”, describió Julia. Por eso, Manuel decidió irse de Caramanta en julio de 1917 con destino a Pueblorrico, varios kilómetros más al norte, “para buscar la vida”, como le dijo a su esposa. Este municipio era mucho más poblado y estaba viviendo plena bonanza cafetera, además, su cercanía con Jericó lo hacía un punto comercial importante. El expediente 3554 del Archivo Histórico Judicial de Medellín (AHJM) no da cuenta del motivo de su visita, pero es posible que

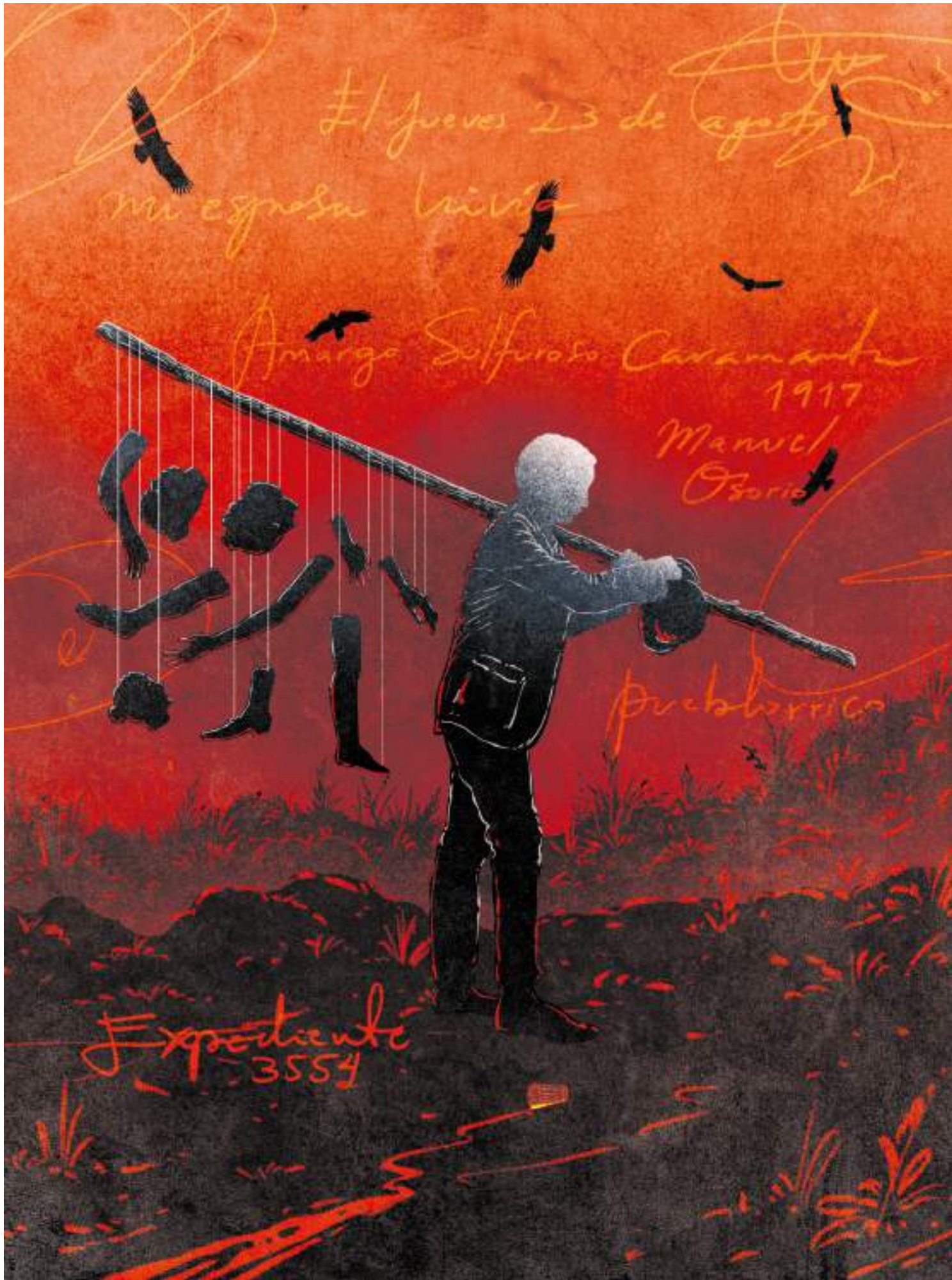
Osorio buscara trabajo en alguna de las fincas cafeteras de la zona, que por mitad de año se estarían preparando para contratar peones para la cosecha del segundo semestre.

En Pueblorrico se quedó algunos días y después retornó a Caramanta, donde pasó una semana antes de bajar hacia el pueblo minero de Marmato, cuya fiebre del oro había atraído a muchas personas. Marmato tenía, a su vez, varias cianuradoras empleadas en la fabricación de químicos para extraer el oro o la plata de los minerales a los que estaban adheridos. Allí, Manuel conversó con algunos amigos antes de regresar a Caramanta el miércoles 22 de agosto. De Marmato, vino con un frasco blanco de vidrio, aplanado, de doce onzas, lleno con una sustancia líquida color vino tinto.

## “Adiós, hijo, ya que no quiere acompañarme”

El jueves 23 de agosto de 1917 Manuel Osorio se levantó con desasosiego: se sentaba, se paraba, caminaba, se acostaba, pero no se hallaba. Su esposa lo notó melancólico y con un malestar raro, pero asumió que sería el sereno mañanero que se le había calado en los huesos o que habría contraído alguna calentura de su reciente viaje a Marmato. Desde la noche anterior, Manuel le había ordenado a su hijo mayor, Alberto, que ese jueves no se presentara al trabajo y que el viernes tampoco, que mejor se quedara en casa, acompañando a la familia. Durante el día y en los momentos que estuvo sentado, Manuel escribió tres cartas y cada una la metió en un sobre independiente y las guardó: una para el médico Juan Pablo Gómez, otra para el alcalde José Isidoro Restrepo y otra a la que no se alcanzó a identificar el destinatario. Cuando algún miembro de la familia se acercaba al escritorio en el que estaba escribiendo, volteaba la página, le ponía una hoja blanca encima o la tapaba con el brazo. Dado su temperamento impulsivo, nadie se atrevió a preguntarle qué estaba escribiendo o cuál era la finalidad de dichas misivas. Después del almuerzo, le mostró a su esposa Julia y a su hijo Alberto el frasco de vidrio, lleno del líquido vino tinto. Les dijo que era “amargo sulfuroso”, un remedio muy común en ese tiempo para todo tipo de enfermedades estomacales e intestinales, pero especialmente recomendado como purgante. Les contó que lo había comprado en uno de sus recientes viajes y que se debía tomar en ayunas, por lo que el viernes temprano todos debían ingerirlo para expulsar las lombrices y la solitaria. En la noche, después del rosario y una vez bendijo a sus hijos, le sentenció a Alberto antes de acostarse: “Hijo, tengo que dar el modo de morirme, bien sea envenenado o de un balazo, pero me tengo que morir”.

A las tres y media de la mañana, Manuel despertó a su esposa y le dijo que se tomara el remedio porque las mujeres se morían mucho de lombrices y que el purgante que él había comprado era muy bueno. “Yo le repliqué que no tomaba medicamentos porque estaba de dieta y él no volvió a decirme nada”, mencionó Julia. Su esposa siguió durmiendo, por lo que Manuel se levantó y llamó a su hijo Alberto, de 19 años, para que le ayudara a preparar el purgante. “Yo me levanté y mi padre sacó el frasco de vidrio, un pocillo pequeño y una cuchara, y del frasco medía el líquido y lo vertía en la cuchara, y después lo vaciaba al pocillo y lo mezclaba con agua. La primera toma se la dio a beber a Lucila, mi hermana de dieciséis años, diciéndole que se tomara ese remedio para que arrojara las lombrices”, relató Alberto. Una vez Lucila se lo tomó, Manuel repitió el procedimiento con igual dosis en sus otras hijas: Julia Rosa, de siete años,





y María Jesús, de tres. Estaba terminando de llenar el cuarto pocillo sobre el comedor cuando le empezaron las convulsiones a las niñas: primero a Lucila, después a Julia Rosa y por último a María Jesús. Alberto saltó de espanto y le reclamó a su padre: “‘Usted lo que está haciendo es envenenando a la familia, y si sigue hago escándalo y llamo a las autoridades’. Y mi padre, con perfecta calma, me llamó hacia el patio y me dijo: ‘No, mijo, yo lo que pensaba era darles veneno a todos por las circunstancias de la vida, ya no resisto tanta pobreza y no quiero vivir en este mundo’. Y me dijo que le ayudara a envenenarlos a todos y que quedáramos él y yo para envenenarnos a lo último, pero que, si yo no quería tomar y mi mamá tampoco, que no tomáramos y que quedáramos solos en el mundo”, narró Alberto.

Alberto comenzó a discutir con su padre, era una de las primeras veces que decidía alzarle la voz a esa figura de autoridad incuestionable. Le gritó que no envenenara al resto de la familia, y que lo iba a denunciar por haber envenenado a sus hermanas. Inmediatamente, Alberto soltó el frasco de vidrio con lo que quedaba de veneno y lo lanzó lejos de su padre. Manuel sacó de su ropa las tres cartas que había escrito el día anterior y las rasgó frente a la mirada impotente de su hijo, mientras le decía que dichas cartas las había pensado dejar como último vestigio de los Osorio en caso de que todos se hubieran envenenado, pero que él le había truncado los planes y ya no tenía sentido dejarlas. Luego, Manuel tomó los pedazos de papel y los tiró con furia a las brasas del patio que calentaban esa casita de tapias, de dos alcobas, ubicada en la acera norte de la Calle Caldas, en el casco urbano de Caramanta. Después, Manuel corrió hasta el comedor y tomó el pocillo que quedaba con el veneno, forcejeó con su hijo Alberto, quien intentó por todos los medios arrebatárselo, pero no lo logró. “Yo luché por quitarle el pocillo a mi papá para que no tomara ese veneno, y como él era tan bravo, se enojó mucho y me dijo: ‘vea, hijo, yo ya soy criminal y me voy para una cárcel, más bien me enveneno. No deje entrar a nadie hasta que usted haya botado el frasco y todo su contenido. ¡Adiós, hijo, ya que no quiere acompañarme! Acuértese de todo lo que le he dicho”. Y dicho esto, Manuel entró a su alcoba, bebió el contenido del pocillo, tomó el cuadro del Divino Rostro de Cristo y lo puso sobre su pecho, se santiguó y le dijo a su esposa: “Mija, rogá a Dios por mi alma”. Después se acostó, boca abajo, al lado de ella, y no volvió a hablar nunca más.

Alberto, en pánico, salió corriendo de su casa y fue donde su vecino Faustiano Salazar, al que los gritos ya habían despertado. El vecino entró, y al sentirle un tenue pulso a Manuel, corrió por el boticario Juan de la Cruz. Al regresar, ambos hombres se horrorizaron al ver que no solo Manuel estaba muerto, sino también sus tres hijas. Alberto les contó entre sollozos que su padre las había envenenado, y Juan de la Cruz corrió a la casa del alcalde, para avisarle del suceso. No había despuntado el alba del viernes 24 de agosto de 1917.

### Un drama atroz

Una vez enterado José Isidoro Restrepo, alcalde de Caramanta, nombró como peritos al boticario del pueblo, Juan de la Cruz Valencia, y también al médico Juan Pablo Gómez, que era oriundo de Medellín pero que se encontraba de paso por el municipio. Ellos tenían la orden de realizar la inspección ocular a los cuerpos, mientras que el alcalde, acompañado de su secretario, revisó la casa en búsqueda de pistas para nutrir al sumario recién abierto y que iniciaba así: “A las 5 a. m. tiene conocimiento la Alcaldía de que en la casa del

señor Manuel Osorio, acaba de ocurrir un drama atroz por envenenamiento”.

Una vez en la casa de los Osorio, el equipo investigador encontró los cuerpos de Manuel y sus tres hijas, que todavía estaban tibios, pero que mostraban signos de hipoxia en los labios. Alberto —desobedeciendo la última voluntad de su padre— les entregó el frasco con el veneno a los peritos, quienes en presencia del alcalde y para certeza del dictamen, le dieron a beber una pequeña cantidad a un perro de la calle, y este murió en menos de un minuto. Por eso, le entregaron el frasco al alcalde recomendándole que lo enviara al Laboratorio Químico Departamental, en Medellín, para hacerle un test y poder determinar la sustancia.

A las ocho de la mañana, el alcalde convocó a testigos para acompañar el sepelio, que se realizó media hora después en el cementerio del pueblo. “Una vez allí, se procedió a dar sepultura al cadáver de las niñas María Lucila, Julia Rosa y María Jesús. Hecho esto, se trasladó el mismo personal a la manga del señor Eleuterio Restrepo, en el costado sur del cementerio católico, y se le dio sepultura al cadáver del señor Manuel Osorio”, se registra en el sumario 3554 del AHJM. Como puede verse, el lugar de reposo de las hijas de Manuel fue en el camposanto, mientras que él, por haberse suicidado, estaba destinado a una manga, al muladar.

Para la Iglesia la vida era entendida como un regalo divino, por lo que atender contra ella era automáticamente motivo de exclusión y castigo, aun después de la muerte. Por eso, a los suicidas, las parroquias les destinaban otro espacio del cementerio como un ejercicio simbólico de escarmiento para cualquiera que intentara hacer lo mismo. “La figura de los cementerios laicos y los muladares eran espacios de exclusión a los que estaban condenados todos aquellos que por su condición social o moral (delinquentes y pecadores públicos); sus concepciones religiosas, políticas e intelectuales (protestantes, librepensadores, masones y liberales radicales) o por las circunstancias específicas del momento de su muerte (suicidas, neonatos sin bautizar, inconfesos en pecado mortal, etc.); no merecían, de acuerdo con el punto de vista de los jerarcas de la Iglesia, ser inhumados en los camposantos, razón por la que eran confinados en estas áreas específicas o sepultados en las afueras de los cementerios”, apunta el historiador Andrés Bernal en *Del muladar al laico: hacia la construcción de un lugar de sepultura digno para los no católicos y disidentes religiosos en Medellín*.

Ya en la tarde del mismo viernes, el alcalde citó a Julia Rosa, Alberto y Faustino para que dieran su versión de los hechos. También llamó a declarar a algunos amigos de Osorio para que explicaran cómo era su temperamento o intenciones suicidas en el pasado. Asimismo, con el fin de determinar posibles cómplices o auxiliaadores, escribió un exhorto a la Alcaldía de Marmato para que indagara en las boticas y cianuradoras del pueblo si Manuel Osorio había adquirido algún veneno. Tres de los boticarios marmateños conocían a Osorio y uno de ellos había conversado con él en su última visita al pueblo, pero todos negaron haberle vendido algún tipo de químico.

Finalmente, el 6 de septiembre de 1917 el Laboratorio Químico y Bacteriológico Departamental respondió que el veneno tenía granos de café tritura-dos, azúcar, ácido prúsico y cianuro de potasio, por lo que los químicos concluían que “el líquido es un tóxico en el más alto grado”, y procedieron a su destrucción inmediata. El informe químico fue anexado al sumario que, si bien fue abierto en Caramanta por el alcalde, había pasado al Circuito Judicial de

Támesis y después al Juzgado Segundo de Medellín para su fallo.

Agotadas todas las investigaciones, José Manuel Mora, fiscal del caso, conceptuó el 13 de octubre de 1917 que: “Es doloroso el conocimiento de este suceso, toda vez que se transparenta en él la amargura en las adversidades de la vida que impulsaron a Osorio a exterminar a su familia y a suicidarse. [...] Como suele decirse, señor juez, este proceso enferma el espíritu”. Posteriormente, el 19 de octubre de 1917, el juez Daniel Gómez, del Juzgado Segundo Superior de Medellín, resolvió que “lo acontecido no envuelve delito de ninguna clase, pues solo puede provenir de enajenación mental del que se causó a sí mismo la muerte, después de haber sido autor de la de sus hijas. [...] Por tanto, administrando justicia en nombre de la República y por autoridad de la ley, se sobresee este sumario y se declara que no hay lugar a proceder contra ninguna persona”. Dos días después, el Tribunal Superior de Antioquia confirmó la sentencia de sobreseimiento.

### Los que quedaron

Julia Rosa Osorio quedó viuda y con cinco hijos, tres de los cuales aún estaban pequeños: uno recién nacido, uno de dos y una de diez años. Su hija mayor,

Rosa Elena, ya debía estar casada, por lo que Alberto debió asumir el rol de “hombre de la casa” y echarse a la espalda a una familia sumida en la pobreza y la más honda culpa y tristeza. Al duelo de los Osorio debió acompañarlo un sinnúmero de preguntas: ¿cómo explicarles a los pequeños cuando preguntaran por su padre, que él no solo se había quitado la vida, sino que también había envenenado a tres de sus hermanas, y que había tenido el plan de matarlos a todos? ¿Sería acaso un secreto familiar que se trataría de ocultar en la bruma del olvido? ¿Cómo aguantar la perpetua lástima con que toda Caramanta los miraría de ahora en adelante y, especialmente, cómo lidiar con el estigma de ser los hijos o la esposa del homicida-suicida? En tiempos del Concordato y en un pueblo tan parroquial y católico, ¿cuánto no los atormentaría la idea de que los pecados de su padre podrían tenerlo condenado al más eterno sufrimiento en los fuegos del infierno? Además, a Alberto debía atribuirle la culpa, pues en principio —sin saberlo— había ayudado a su padre a envenenar a sus hermanas y, después, fue incapaz de impedir su envenenamiento. A esa familia antioqueña el frío del duelo nunca la abandonó, pues el recuerdo de sus muertos y el vacío de su ausencia sería su mayor tormento.Ⓒ

# El milagroso río Medellín

por DANIEL TOBÓN ARANGO

• Fotografía de Juan Fernando Ospina

Todo comenzó con Víctor y una fotografía que le tomaron en el periódico *Univervo Centro*. En ella vemos a Víctor dentro del río con el agua a la altura de su entrepierna. Con su mano izquierda abraza la balsa hecha de láminas oxidadas y tablas sin lijar. El primer artículo que escribieron sobre él es más poético que testimonial. Se centra en la imagen del balsero que araña las entrañas de un río que a veces huele a muerto y otras a aguardiente, para sacar piedras y arena. No profundiza más, los espectadores que vemos a Víctor lo entendemos todo. Sin embargo, no faltó quienes indagaran en su vida y descubrieran que tiene setenta años, de los que lleva más de cuarenta en el negocio de sacar arena del río Medellín. Dice que su salud es perfecta y que él cree que el río tiene poderes curativos. Esas últimas palabras fueron las que dieron pie a todo lo que vino después.

A los pocos días, contiguo al sector en el que se apostaba Víctor con sus compañeros fueron llegando los demás. A la altura de la estación Caribe donde la corriente parece dar un respiro, fueron bajando a la orilla, primero los empresarios, luego los feligreses. Nunca supimos si el primer discípulo lo creyó de verdad o si solamente vio una oportunidad de negocio a costa de la ingenuidad de quienes buscan aferrarse a una creencia, en especial, a una que ofrece milagros relacionados con la salud.

mejoraban. Los que sufrían de migrañas manifestaron que desde que se bañaron en las aguas turbias ya no sentían los recurrentes martillazos golpeando sus cabezas. Aquellos que sufrían de insomnio pudieron dormir; contaron que tuvieron sueños lúcidos en los que el río les hablaba como si fuera la voz de un dios muy antiguo, que les encargaba difundir el mensaje de los poderes curativos de sus aguas.

En la actualidad, bañarse en las aguas del río Medellín es destino obligado para los peregrinos de la fe fluvial. Aparece en la guía de turismo en las mismas secciones donde recomiendan El Camino de Santiago y equiparan la experiencia a bañarse en las aguas del Ganges. Debido al alto flujo de turistas no ha faltado quienes lleven a los feligreses a otros tramos del río. Por eso la marca oficial ha puesto un letrero enorme en el que afirma que el tramo entre Caribe y Tricentenario es “el original”. Los visitantes también pueden llevarse un frasquito con agua del río para la buena suerte.

Le preguntamos a Fernando Villegas, un reconocido intelectual sobre el

asunto, y nos dijo que ya era hora de que la pujanza paisa le sacara provecho económico al río Medellín. “Con nuestra capacidad de perfumar un bollo y venderlo, antes nos habíamos demorado”, remató el autor de varias novelas sobre las torpezas de la antioqueñidad.

Lo único que preocupa a las autoridades es que en los días de lluvia los feligreses no acatan los llamados de alerta ante las crecidas. Como medidas preventivas se ha instalado un grupo de salvavidas con silbatos que a determinadas horas, o según esté el clima, dispersa a las multitudes. Otro de los problemas, uno menor según las voces de la Alcaldía Distrital, es que ya es más difícil identificar si los cuerpos que recogen llegando a Porce han muerto por un acto violento o por un acto de fe. Para dar un alivio burocrático, Medicina Legal ha solicitado a la curia episcopal declarar al río Medellín como un lugar sagrado, por lo tanto, se entiende que cada muerto que es recogido en sus aguas ha pasado por la extremaunción con el fin de que guarden descanso eterno en el Cementerio Universal.

El río Medellín es ahora visto como un animal mitológico que abarca toda la ciudad, en el pasado nadie quería tener mucho que ver con sus flatulentas aguas. Al día de hoy multitudes de peregrinos hacen fila para ser lamidos por sus aguas turbias en las que corre el alivio de las enfermedades, tanto las del cuerpo, como las del alma.Ⓒ



Fragmento del testimonio de Alberto Osorio, hijo de Manuel. Hace parte del expediente 3554 del Archivo Histórico Judicial de Medellín. Foto: Felipe Osorio Vergara.



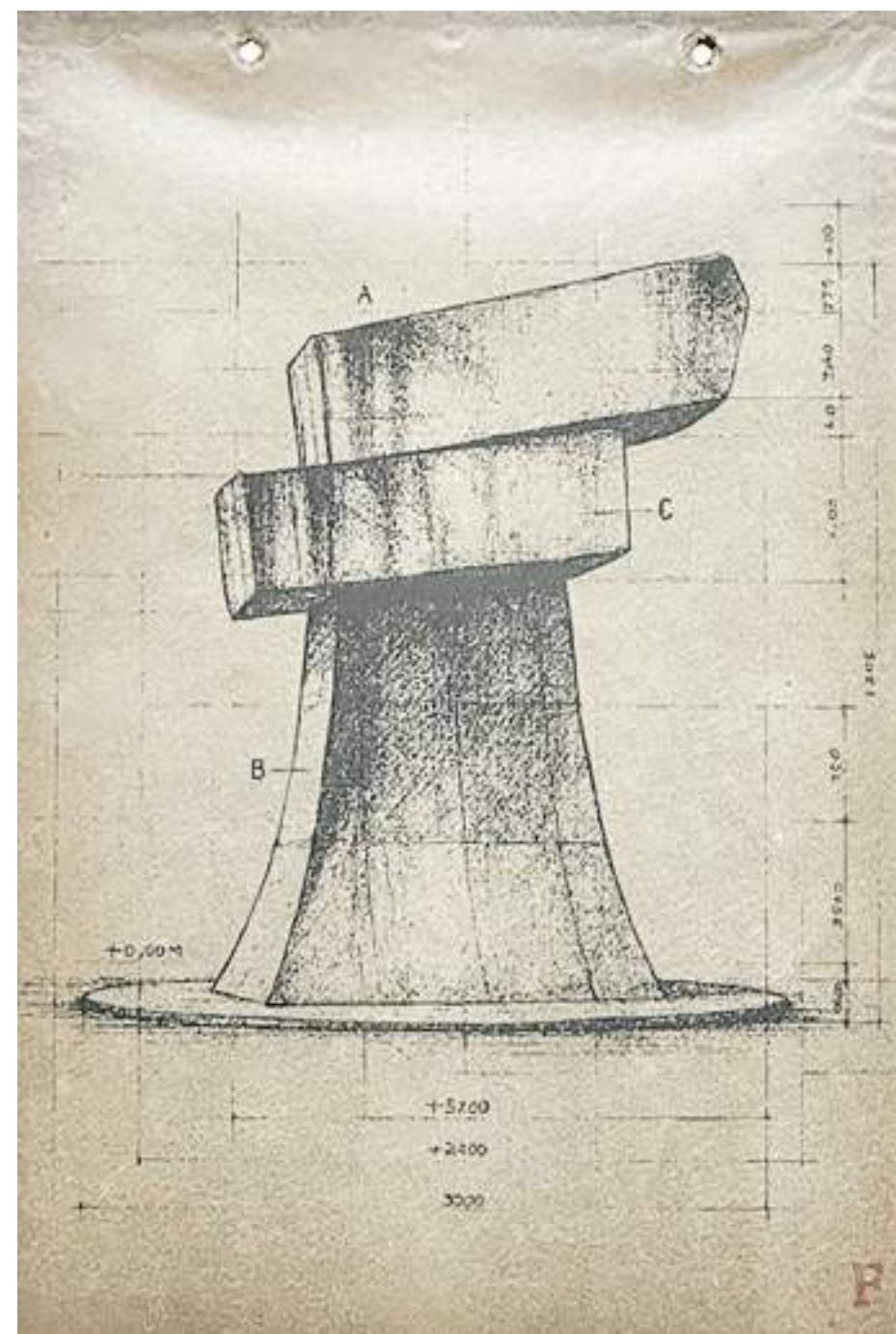




# MONUMENTO AL PUEBLO DERROTADO

por SANTIAGO RODAS

• Imágenes del archivo personal de Pablo Mora Ortega



En 1970, el artista Pablo Mora Ortega entregó en la Alcaldía de Medellín un proyecto bajo el título Monumento al pueblo derrotado. Al parecer, el documento aún existe, aunque lo cierto es que no he podido dar con él, completo. Tan solo encontré un atado de hojas amarillentas archivado bajo el código 17B-142/70, en el Archivo Histórico, entre permisos de jardines y luminarias y notas de campo sobre la ciudad. En la primera hoja mecanografiada puede leerse: “Obra conmemorativa de gran escala. Materiales: concreto y piedra. Altura proyectada: 80 metros”. Y en la parte inferior, en tinta negra, la inscripción propuesta: “Al pueblo de Colombia por sus grandes derrotas”.

Mora estudió derecho y trabajó un tiempo en Bogotá para el Instituto de Crédito Territorial. Luego de un paso rutilante por el Banco Agrario viajó a Europa en 1968 con una beca completa para estudiar planificación urbana. Llegó primero a Roma, vio esa arquitectura en ruinas y se habituó a las maneras de los europeos, después aterrizó en Belgrado en medio del esplendor de la vieja ciudad de castillos y de edificios brutalistas bañados por el Danubio y el Sava, y finalmente fue a dar a Sarajevo, cuando Yugoslavia intentaba construir una identidad entre el Este y el Oeste.

En esos meses, el país entero era un laboratorio hirviendo de artistas e ideas posterior a la Revolución cubana y al Mayo francés. Tito quería dejar atrás la estética soviética y encargó a jóvenes arquitectos monumentos de hormigón para conmemorar la resistencia partisana, modernizar el

territorio. Los llamaban *spomeniks*: enormes estructuras en medio de los bosques o las montañas, sin nombres, sin héroes, sin banderas. Otra forma del silencio. Mora los vio levantarse en Mostar, en Podgarić, en Tjentište. Ese sinsentido condensaba, de manera material, su percepción de a dónde iba el mundo por esa época. Dijo después que fue como entrar en un cementerio sin tumbas. Algo de extraterrestre, algo de ángeles, pero de una innegable belleza que atraía y repelía a la vez. Era imposible no conmovirse frente a esos colosos que de lejos parecían monolitos, o catedrales sin puertas ni ventanas para ofrendar a dioses de otra geometría.

Los yugoslavos lo trataron bien. Le dieron acceso a los planos y a los talleres, aprendió de ellos con facilidad pese a la complejidad idiomática: sus manos y las de ellos se entendían mejor que sus palabras. Un arquitecto de Sarajevo, Dušan Džamonja, lo llevó en un camión a ver su obra recién terminada, el monumento a los caídos de Kozara. Treparon la montaña al amanecer. El sol apenas sobaba el hormigón que de tan frío parecía repeler los fotones, y la estructura flotaba entre la niebla ante los ojos de los dos hombres. Džamonja le dijo: “No celebramos victorias, recordamos sacrificios”.

Regresó a Colombia en 1969 con un cuaderno de bocetos en el que dibujó bloques, rampas, ángulos ciegos, laberintos. En el reverso de cada página había una palabra escrita en mayúsculas que siempre se tachaba con un gran círculo, como si de ahí emergiera un agujero negro, una imposibilidad. Decía que la idea le había llegado en el tren entre Zagreb y Liubliana, cuando el vagón se

detuvo frente a un campo recubierto de nieve como una sábana recién lavada en blanqueador. Había una cruz torcida a un costado de la vía y, al lado, un perro dormido en la estación. Escribió: “Hay países que siguen viviendo ahí, en la pausa entre una guerra y la siguiente”. Construyó una maqueta de madera de sesenta centímetros. Era una pieza sobria: dos bloques laterales sosteniendo un tercero, horizontal, como un peso suspendido. En su base, un espacio vacío: una plaza circular para reunirse y pensar. “La plaza de los derrotados”, puso en la base de la maqueta.

Presentó el proyecto tres veces, pero cada vez, en medio del proceso, desistía y las descartaba él mismo. Sin embargo, las dos primeras propuestas fueron rechazadas por “ambigüedad conceptual”. La tercera, en 1974, fue aprobada por el alcalde Diego de Bedout Arango, con una condición: reducir la escala. Ochenta metros era demasiado, señaló De Bedout. Se propone reducir la escultura de ochenta metros a nueve. “Para que no resulte ofensivo para la raza antioqueña”, anotó el alcalde en el margen del decreto.

La obra se inauguró el 15 de septiembre de 1975, junto a la autopista que corre paralela al río, entre el barrio San Diego y su límite con Conquistadores. Una mole de concreto gris, dos piedras que sostienen un bloque ciego mirando al sur. Mora instaló una placa de bronce con la frase prometida. Después de dos meses de una inauguración más bien silenciosa alguien arrancó la placa y por cuestiones conceptuales al artista le pareció un gesto que parecía diseñado por el destino. Dejó la estructura de concreto sin nombre.

Durante los años siguientes, el monumento quedó ahí, solitario, entre el ruido del tránsito creciente y el polvo de la ciudad que empezaba a doblar su población, los árboles crecieron a su alrededor y fueron cubriéndolo hasta casi desaparecerlo en la espesura. Desde la autopista parecía un resto industrial de otra época en la que los textiles dominaban el mercado del país. De noche, las luces de los carros lo partían en destellos amarillos, le sacaban chispas momentáneas que lo hacían relumbrar por instantes. La maleza le subía hasta el primer metro. Los habitantes de calle empezaron a acurrucarse allí, armaron sus cambuches, quemaron llantas para extraer el cobre y la estructura se fue doblando hasta caer en los bolsillos del paisaje urbano en los que casi todo se oculta.

En los informes municipales de 1980, después de un censo de las esculturas de la ciudad, aparece descrito como “estructura de concreto sin uso determinado”. Medellín crecía alrededor, sin saber que había levantado un memorial sin proponérselo. Se hizo parte del paisaje. Más de ocho metros de pura invisibilidad. La ciudad tuvo otras preocupaciones urgentes con su violencia sicarial y del narcotráfico y del tema no se habló por muchos años.

En 2015, un grupo de estudiantes de la Universidad de Antioquia propuso restaurar la obra. Preocupados por las esculturas que se perdían en el olvido derramadas por toda la ciudad. Cuando llegaron al sitio, encontraron sobre el muro norte una pintada: “Seguimos derrotados”. No estaba firmada. Por falta de recursos suspendieron la restauración y luego de la desfinanciación de su grupo de investigación los ánimos también se disolvieron.

En enero de 2025, un dron del Departamento de Planeación captó una imagen aérea. El bloque seguía en pie, agrietado, pero intacto. En el mapa

determinado”. Medellín crecía alrededor, sin saber que había levantado un memorial sin proponérselo. Se hizo parte del paisaje. Más de ocho metros de pura invisibilidad. La ciudad tuvo otras preocupaciones urgentes con su violencia sicarial y del narcotráfico y del tema no se habló por muchos años.

En 2015, un grupo de estudiantes de la Universidad de Antioquia propuso restaurar la obra. Preocupados por las esculturas que se perdían en el olvido derramadas por toda la ciudad. Cuando llegaron al sitio, encontraron sobre el muro norte una pintada: “Seguimos derrotados”. No estaba firmada. Por falta de recursos suspendieron la restauración y luego de la desfinanciación de su grupo de investigación los ánimos también se disolvieron.

En enero de 2025, un dron del Departamento de Planeación captó una imagen aérea. El bloque seguía en pie, agrietado, pero intacto. En el mapa

digital figura como “estructura no identificada”. El informe técnico la describe así: “Conjunto de concreto de 9.20 metros, uso desconocido, año estimado de construcción: 1975”.

En los registros municipales figura como “construcción civil”. No aparece en catálogos de arte público ni en censos patrimoniales. A veces alguien deja una vela encendida en las noches. Se ha convertido en un sitio de culto, pero casi nadie lo conoce, y quienes peregrinan en busca de alguna respuesta saben de los peligros que puede encarnar por la soledad del espacio y porque dicen que a veces se escuchan zumbidos que parecen salir del interior de la estructura.

En ocasiones, cuando se queda sin dormir, Mora recuerda Yugoslavia. Dice que allá entendió que los monumentos no están hechos para perdurar, sino para que el olvido tenga una forma. En 1968 vio una multitud en Belgrado levantar el puño frente a una mole de

concreto. Nadie gritó. Nadie aplaudió. Solo se quedaron quietos, mirando. “Ahí pensé en Colombia,” dice. “Pensé que nosotros también necesitábamos un lugar para estar en silencio”.

Cincuenta años después, su bloque de concreto sigue ahí, mudo, junto a la autopista. Hay una placa de metal casi perdida en su costado norte, que dice Monumento al pueblo derrotado. Una nueva placa invoca la idea original. No estoy seguro si la puso el artista o alguien más. Alrededor de unas cuantas firmas en aerosol. Este monumento es solo una masa de piedra mirando al oriente, esperando, quizá llorar, quizá despertar, quizá mantener el silencio tan escaso en la ciudad, el tiempo que sea necesario, esperando otra derrota.©



Una publicación de  
**cinéfagos.net**

Revista de cine colombiano

 [canaguaro.cinefagos.net](http://canaguaro.cinefagos.net)





# PAN DE

por LAURA ALMANZA



**S**andro Esneider tiene más puñaladas en el cuerpo que años en la cédula. Hace poco cumplió 49. Todos los días sale a trabajar al Centro. En las mañanas vende el *Q'hubo*, y en las tardes, chicles de cajita rosada, verde y amarilla, que ordena como una torre de ladrillos en perfecta simetría. Dice que antes sí le daba miedo la calle, pero que ya no, que ya perdió el miedo. Cree que andar armado es de mala suerte y por eso nunca carga navaja.

Medellín es una ciudad afilada y quienes se mueven por sus calles lo saben. O aprendes a pararte o aprendes a recibir.

—Entre usted más limpio se mantenga es porque mejor se ha sabido parar —explica la Roja—. Hay que pararse duro y donde sea, o créame que sino la calle se lo come a uno. ¿Por qué les digo esto? Porque uno tiene sus cicatrices. Esta del ojo fue en medio de una pelea. Yo me defendí y pude reaccionar, si no estaría tuerta. Pero como dice el dicho: me dio una pero se llevó tres.

La Roja trabaja rapeando en una ruta de buses. Cuenta que hay bobadas que terminan convertidas en



# CADA DÍA

• Fotografías de Juan Fernando Ospina

problemas muy grandes, como la vez que le dio a un hombre en la yugular porque la iba a mandar a matar si no se acostaba con él. Asegura que uno le habla a la otra persona siempre con los ojos y que desde ahí se manejan los temores del otro.

—Si uno le saca la navaja al otro es pa actuarla —dice Iván—. Por un bazuco, un bareto, un perico, porque el otro me miró mal, porque el otro tiene plata, o porque te humillan... Los pleitos son pan de cada día.

Iván aprendió a tirar cuchillo con palitos de Bonbonbúm prendidos. En su cuerpo tiene las cicatrices de las quemaduras que se ganó aprendiendo a defenderse. No es mucho de atacar, él espera a que le tiren para responder. Hasta ahora solo le han pegado dos, tres puñaladas... Nada grave, dice, pero sí le ha tocado romper cuero bastante.

A la Pupi le ha tocado pararse por sus hijos, por sus zapatos y hasta por una camiseta. No se cree muy dura, pero pa que la rompan se necesita. Lleva muchos años en la calle, pero no tiene más de tres puñaladas, los puntacitos que no faltan.

—Si es con un hombre, muy sencillo, mi amor..., a los puños no se puede, pero si él las tiene abajo, iyo las tengo arriba y





me las bajo! Pal cuadrilátero lo que sea. Como quiera le danzo, como quiera le peleo, me le paro en el pin pon, si quiere caidita de hoja, cuadraíto, cogido de un pañuelo.

Pelear a cuchillo es como un baile. Están los que reciben primero para atacar cuando el otro baja la guardia, los que brincan, los que se pasan el cuchillo de lado a lado. El glosario del combate callejero está lleno de técnicas y estilos: el cambiazo, la hoja, el pal, el trébol, el zigzag. —Sobrevivir en la calle es un mérito. No es que uno diga que es malo y tin, pero sí he tenido batallas —cuenta Pipe—. Defenderse a cuchillo, a lámina, con una navaja, con un pico botella, hasta con un palo o una roca..., con lo que toque. Claro que uno siempre anda *pulmoneado*, con el pulmón, o sea, la navaja. No es para andar buscando problemas, es para defenderse.

Pipe asegura que lo único que te enseña a pelear es el momento. Que eso es empírico, un instinto, malicia propia. Su primer cuchillo fue un Excalibur de cachacha de palo, en la calle lo conocen como punta de lápiz, se compra en cualquier todo a dos mil y, como no se parte fácil, es lo que se dice un cuchillo responsable.

Lo que viene después de pegar la primera puñalada es una vida de guerra. Lo aprendió Mariana desde que era una niña. Después de cortarse mucho aprendió a manejar el cuchillo. En sus dedos tiene cortadas de atajar puñaladas, pero ahora puede manejar tres o cuatro a la misma vez. Si no hay cuchillo, se pone una Minora en la boca, y si se corta, no le importa.

—Yo ya no soy una niña de porcelana, ellos mismos crearon este monstruo. Yo todo lo hago por proteger mi vida. Y sé que es malo, y cuando tengo que darlas digo: perdóname Señor, tú me perdonas porque sabes lo que él me hizo. ¿Me han pegado muchas? Sí, cada tatuaje que yo tengo es una puñalada y tiene una historia. Yo me las cubro pa perdonarlas, pero no las olvido.

Ya sea sentado en un andén, tomando pola en un billar al lado del Bronx o debajo de un puente en Barrio Triste, se pueden oír las realidades de quienes viven en esta ciudad. Solo es prestar el oído y mirar con curiosidad, las cicatrices son las hazañas de la calle, las medallas de supervivencia. Las preguntas sencillas, sin desdén ni pretensiones escandalosas, dejan las respuestas reveladoras del instinto, la palabra en la calle también tiene sus lances, su estilo, su rencor y respeto.

Cuando descubren que sus historias pueden tener un interés entregan su biografía con esmero, cuentan con una especie de agradecimiento. Al final de la charla, luego de un par de cervezas, el Mono responde al billete que se ofrece por la compañía y la cátedra de calle.

—No, yo no le estoy cobrando, esto es con todo el gusto. Acá lo que necesite, cualquier cosa me llama. Dios lo bendiga. Y se despidió con un abrazo.

El Mono fue uno de los contactos de Juan Fernando Ospina para su obra *Cicatrices*. Le recomendaba, por ejemplo, a peladas duras manejando la navaja, o les tomaba fotos a dolientes de cicatrices y se las mandaba por WhatsApp para ver si le servían para el proyecto.

Quienes se dedican a narrar lo que pasa en las calles de Medellín suelen dar una opinión, una cifra, una reflexión sutil, incluso, de alguna forma, se hacen parte de la historia. Y sí, por supuesto, detrás de *Cicatrices* hay una elaboración; está la elección de un ángulo y no otro, de cuáles fragmentos de entrevista van o no. Pero se mantienen los juicios al margen y son sus cuerpos, sus rostros y sus voces las que hablan.

Y lo que queda después de verlos y escucharlos, más que un revolcón en las tripas, es pensar qué circunstancias

en la vida terminan cercando una vida para que se naturalice de esa forma tanta violencia. ¿Con cuánta suerte hay que contar para ignorar que toca andar con navaja para moverse en la calle?©

**Corte de dama caballero**  
por Santiago Rodas

Un cuchillo  
un pulmón  
para atravesar  
el cuero  
de la noche

rajar la piel  
una firma

abrir el tajo para

penetrar  
ser penetrado

el sueño del puñal

caballerosdamascaballeros  
bailan  
se añudan en  
un beso profundo  
de metales:

las cicatrices  
son coronas.

Estas fotografías hacen parte de *Cicatrices*, un proyecto artístico en desarrollo realizado por Juan Fernando Ospina.

Esta muestra hizo parte de la Bienal Internacional de Arte de Antioquia y Medellín en 2025.



Mire el video de este proyecto escaneando este QR.



## POEMAS DE ROBINSON QUINTERO OSSA

IN MEMORIAM (1959-2025)

### HOMBRE QUE DA UNA VUELTA A SU CASA

La poesía no tiene horario  
La poesía se escribe no cuando uno quiere  
sino cuando ella —la poesía— quiere  
dicen  
Esto me digo mientras camino  
y pateo una piedrita  
calle abajo  
una y otra vez  
la misma piedrita  
Dios puede ser cualquier cosa  
incluso una piedra en el camino  
—dicen también  
Y me lo digo como quien no tiene  
para decir  
algo inusitado sobre una piedra  
que se pateo en una calle solitaria  
Darle a la piedra es todo el asunto  
de esta tarde  
sin asunto  
pues no hay qué hacer  
y la poesía no tiene horario  
La piedra golpea otra piedra y no canta  
no llena el universo  
Es nada  
diría uno  
en el camino que lleva a casa

### BUSES

Sigo los buses que viajan veloces en la noche  
cuando la tiniebla es más cerrada  
y apenas los distingue  
el destello de las luces  
No dicen a dónde van  
ni de dónde vienen  
y a nadie dan razón de los asuntos de sus viajes  
Pasan simplemente  
cada vez más rápidos  
y distantes  
Sigo sus faros que trasnochan  
y centellean  
entre las montañas  
hasta extinguirse  
Las estrellas cumplen arriba  
su destino  
Pero más hermosa que la luz  
inmóvil  
es la luz que huye

### CANCIÓN DEL CHOFER EN EL PARABRISAS

Ante mí veo lo que un día se borrará para siempre:  
colinas de altos pastos rojos  
un río de brillantes peñascos  
una montaña escasa de luz  
y otra cumbre más distante donde ya es la noche  
Un cielo color granate  
y un viento que entra con sus pájaros en el crepúsculo  
también de viaje  
El temblor de los platanales por la carretera  
las aguas estancadas en las zanjas  
los abismos por los desfiladeros  
El oscuro sonido que se hace debajo de los árboles  
y la última luz viva de la tarde  
todo en viaje hacia la noche  
Ante mí veo lo que un día se borrará para siempre

### GRAFÍAS

Esos nombres escritos por los enamorados  
en la pintura de los asientos  
de los buses  
con una moneda  
la punta de un lápiz  
o el filo de una uña  
Esos mensajes grabados toscamente  
en un corazón  
deforme  
para que queden por mucho tiempo  
a los ojos de todos  
Esos amantes que sellaron así  
una unión  
quizá no se amen hoy  
y éstas sean grafías mustias  
de un tiempo de esplendor  
Lo más probable  
es que muchos de esos nombres se escriban  
por separado  
en corazones distintos  
o solitarios  
en otro asiento de otro bus que cruza triste  
el anochecer



# LA ENVIDIA

por ISABEL BOTERO • Ilustración de Mónica Betancourt

1 La noche se descuelga sobre la noche: una tela negra, pesada, sin brillo, sin luna, sin estrellas. Un viento glacial, empapado y sombrío sopla desde el páramo sobre la tierra seca, resquebrajada por tantos días sin agua. En esas montañas todos duermen. Hasta los insomnes duermen, cobijados hasta la cabeza, ateridos de frío. Los insectos nocturnos se han congelado, no chillan. La noche se esparce silenciosa por los caminos y los potreros donde los animales descansan; se desliza por los cultivos de papa, de cebolla, de maíz, de cebada. Se derrama entre los eucaliptos, oscurece el agua del embalse y ennegrece las buganvillas. Se cuela en las casas, en todas: las de ladrillo, las de tapia pisada, las de adobe crudo. Y no deja ver nada.

Si la oscuridad total existiera, estaría ahí, en ese cuarto al que ha entrado la noche. El aire está quieto, tibio, encerrado entre cuatro paredes sin pañetar, donde Rosa y Geranio duermen. Se escucha el silbido de sus respiraciones acompasadas. Ella abre los ojos. Poco a poco se acostumbra a la oscuridad, y la forma de las cosas se revela. No hace falta que mire el reloj, lo tiene pegado al cuerpo; desde niña se levanta a esa misma hora, aún de noche, para ordeñar las vacas.

Las vacas. Siempre las vacas. Cada amanecer, las vacas. De lunes a domingo, las vacas. A veces sueña que se resbalan hasta el bebedero y mueren ahogadas, o que las fulmina un rayo en una noche de tormenta. Es esclava de las vacas, y ellas, ahí, tan campantes, mascan y mascan, y la miran con sus ojos negros, redondos, imperturbables. Son una esclavitud, las vacas. Con la sequía el pasto se quema; con las heladas, también. Si no hay pasto, las vacas tienen poco que comer y se enflaquecen. Si llueve, hay que ordeñarlas bajo el agua; si cae granizo, bajo el granizo. Hay que ordeñarlas todos los santos días, llueva, truene o relampaguee, porque si no se les saca la leche les da mastitis; si les da mastitis, no dan leche; si no dan leche, no hay cuajada, ni mantequilla, ni café con leche, ni chocolate con leche, ni plata, porque sumando y sumando cantinas, la lechería les paga un cheque cada mes.

A veces quiere que se mueran, las vacas. Y aun así, las quiere. Las quiere y las envidia. Tienen una vida plácida, de yerba y sal. No necesitan techo ni abrigo, incluso pueden dormir de pie. A veces, las muy condenadas rompen el alambrado y se escapan, entonces le toca salir corriendo detrás de ellas.

Se quita de encima la cobija de lana pesada y sale de la cama sin hacer ruido, para dejar al marido dormir un rato más. Descorre las cortinas en un acto reflejo, porque sabe que sin luna la oscuridad es total. Las ventanas están empañadas por la neblina, las gotas se deslizan por el cristal y dibujan surcos. La humedad lo pudre todo y lo cubre de un moho verde y amarillo.

Rosa se recoge el pelo, hebras de petróleo, se pone las botas, se cuelga la ruana, agarra el balde y sale al ordeño.

El viento del páramo arrecia. Camina por la hierba húmeda con la cabeza agachada, siguiendo la débil luz de la linterna. La nariz se le humedece. Las chicharras chillan enloquecidas y las luciérnagas son diminutos puntos de luz que saltan en la oscuridad. Se acerca al potrero. Al sentirla, las vacas comienzan a mugir. Amarra la primera, se sienta a su lado en un balde y con las dos manos aprieta los pezones de forma mecánica, con suavidad, velocidad, ritmo. El chorro caliente cae sonoro en el balde, el olor se eleva: es tibio, blanco. Repite la operación con las seis vacas y llena una cantina que deja en el camino para que la recoja el camión de la lechería, que pasa religiosamente a las seis y media de la mañana, cada bendito día del año menos los domingos.

Regresa a la casa y, con un fósforo, prende la leña del fogón. Calienta el agua para el café y la aguapanela. El chocolate es solo para los domingos, el único día en que sale de la cama cuando afuera ya hay luz. Acerca la mano para medir la temperatura del hierro y cuando siente que está caliente, pone a calentar las arepas y el caldo a hervir.

El ajetreo de ollas y utensilios despierta al marido. Se va directo al baño, se echa una palangana de agua fría encima y luego llega a la cocina. Geranio desayuna sin decir ni mu. Cuando termina, se pone las botas negras de caucho, se cuelga la ruana y se despide de Rosa con un beso en la mejilla. Afuera, la hierba cruje por la helada. Le cuesta encender la moto, pero al final arranca y desaparece, dejando un reguero de olor a gasolina.

Cuando deja de oír la moto de su marido, Rosa va hasta el cuarto de las gemelas y las despierta con caricias. Aunque el pan de leche está un poco tieso, la cuajada está fresca. Se beben rápido la aguapanela para que no se enfríe y llevan los platos a la poceta. Descuelgan los uniformes de las perchas y se visten, alegres, con la noche aún pegada a sus cuerpos. Rocío se desenreda el pelo con una peinilla y hace una bola con las hebras. Alba se hace una trenza gruesa y se pone cacao en los labios agrietados. Ya están listas. Se despiden de su mamá y salen. Las espera una hora de camino hasta Chivatota, donde tienen clases de refuerzo en el colegio porque ambas se quedaron habilitando inglés.

Rosa lava la cocina con el agua lluvia que tiene recogida en un tanque, y cuando termina hunde la cara en el agua fría. Se pone la ruana y sube por el atajo que lleva a la cima de la colina que está detrás de su casa. Hoy le toca ayudar a su mamá con las labores. Se las turnan entre ella y sus cuñadas. Después tiene que ir a fumigar la casita del colegio, antes de que llegue la nueva profesora. Cada año mandan a una distinta. La del año anterior era muy tiquismiquis y armaba un alboroto por cualquier cosa: una vez la llamó a medianoche para que le sacara una polilla de la casa.

La trocha es empinada, llena de guajeros sueltos y amor muerto, como le dicen al cardillo por esas tierras. Rosa sube con agilidad, un paso tras otro. Al llegar a la cima, se detiene y respira

despacio para regular el bombeo del corazón. Desde la cima se puede ver el valle que se expande en forma de herradura y el pequeño pueblo de Tunza, bautizado así por los muiscas, tributarios del Señor de Iraca. Y delante de todo eso, el embalse, que sube y baja, brilla y se apaga; a veces es liso, otras veces corrugado, como la piel cuando se eriza con el viento. Azul petróleo, verde marino, negro carbón. Por la sequía, Rosa puede ver los pedazos de tierra amarilla que han aparecido y que se inundarán cuando llegue el invierno. Las aguas frías del embalse, de corrientes subterráneas, irrigan varios municipios y de ellas beben sus habitantes. También se han tragado los cuerpos de más de cincuenta personas, incluido su hermano menor.

Rosa avanza por caminos sin nombre, de tierra y piedras, escondidos en los recovecos de las montañas. Por los campos, a lado y lado, hay casas desperdigadas, casi todas de adobe y tapia pisada, donde los lugareños se levantan cada día a lidiar con la naturaleza. Rosa atraviesa los potreros a zancadas. Los conoce desde niña, se sabe cada ondulación, cada protuberancia. La hierba en algunas partes está tan crecida que le llega a las rodillas. Tras una colina, la casa de su hermano Crisantemo aparece. Todas las ventanas están cerradas; deduce que ha pasado otra noche de pesadilla. La morfina ya no le hace ni cosquillas. Antes de que su hermano enfermara, siempre pasaba a tomarse un café con él y aunque no hablaban mucho, se decían todo. No ha muerto, pero ya lo extraña. La enfermedad se lo ha llevado lejos, a una tierra perdida donde ya no puede alcanzarlo.

Sigue de largo y ve la casa de su madre unos trescientos metros más allá: es de ladrillo gris, con ventanas nuevas y una puerta de aluminio reluciente. En la entrada está Jacinta, su mamá, vestida con sudadera, ruana y pantuflas, tirando granos de maíz a las gallinas y polluelos que picotean entre cacareos.

—Buenos días, madrecita.

—Buenos días, sumercé.

Entran, el gato las sigue. La casa es amplia, con pocos muebles: solo una mesa de comedor con seis sillas de plástico y un sofá cama arrinconado. Hay cuatro habitaciones, todas con la puerta cerrada.

—¿Anoche sí pudo dormir?

—Más o menos, ya no tengo lado bueno. Si duermo de un lado, me duele; si duermo del otro, también.

Rosa se quita la ruana, se arremanga la camisa y lava la loza acumulada en la poceta.

—Este chorro ya ni presión tiene —dice Rosa mientras enjuaga una taza.

—Ayer Zaida se encaramó al tanque y me dijo que ya le queda menos de la mitad.

Rosa agarra la escoba y barre. Jacinta enciende un velón donde tiene una estampita de san Isidro, y la casa se va inundando de cuchicheos: Oh, san Isidro Labrador, patrono de los agricultores y protector de las cosechas, recorro a ti en este momento de necesidad. En este

tiempo de sequía y falta de lluvia, te ruego que intercedas ante Dios para que nos envíe la bendición del agua.

Rosa trapea, lava unas sábanas percutidas, alimenta la marrana con sobras de verduras recogidas en una olleta abollada y prepara un sudado con muslos de gallina.

La olla pita. Rosa le saca el vapor, el olor se expande. La gata se acerca, maulla.

—Ahí sí venís, ipedigüeña! —le dice, y le tira un pedazo de cuero.

Rosa baja el fuego de la olla, seca el mesón con un trapo y se pone la ruana.

—¿No se queda para almorzar?

—¿Y dejo al Geranio morir de hambre?

Geranio está podando la acacia morada de la entrada de los Vargas cuando le suenan las tripas. Tiene un reloj suizo en el estómago: son las doce en punto. El sol está en el cenit. Apaga la podadora, la esconde detrás de un tronco y se sube en la moto. Deshace el camino que hizo en la madrugada, hasta que llega a su casa. Encuentra a Rosa en la cocina, en el mismo lugar donde la dejó al salir. Rosa le sirve un plato rebosante de arroz con carne sudada y papas saladas. Se cuentan las novedades que ha traído la mañana.

—Me encontré un ratón muerto en la casita del colegio. Había dejado unas rodajas de tomate con veneno y el desgraciado picó.

—Más bien mordió. ¿Cuándo llega la profe?

—Entre hoy y mañana. ¿Sí revisó los tanques?

—Sí, están casi llenos. Y quité las telarañas de la caseta.

Después de un café endulzado con panela, Geranio regresa a sus labores y Rosa a las suyas. A media tarde las gemelas vuelven del colegio, cansadas y hambrientas. Encuentran la comida en los platos, cubiertos con otros encima para protegerlos del frío y las moscas. Ninguna de las dos tiene ánimos de calentar el fogón y se comen el almuerzo frío.

Comienza a caer la tarde. Rosa regresa al potrero, les da sal a las vacas y, con un mazo, clava las estacas con el alambre un metro más lejos, para dejarles pasto nuevo. Se asoma por el granero, pero ni su comadre ni la niña andan por ahí. Carga dos baldes de agua del bebedero y regresa a la casa, donde sus hijas le ayudan a preparar la cena. Geranio se une a ellas, y juntos completan un pequeño pesbre encumbrado en la montaña. ©

Este texto hace parte de *La envidia*, publicado por Seix Barral.





# El retorno de un poeta

por ALEJANDRO GAVIRIA

Nos cruzamos un par de mensajes por WhatsApp, Marcela y yo. Me dijo que me tenía un libro de regalo: una antología de un poeta cubano deslumbrante, que había muerto muy joven hace cuarenta años. Días después, nos encontramos en la Fiesta del Libro de Medellín. Me regaló dos copias del libro y me contó, como dato suelto, que el poeta era sobrino nieto de Alfonso Hernández Catá. La alusión me desconcertó por unos segundos; no sabía bien de quién o de qué me estaba hablando.

Pude después hacer la conexión, recordar el nombre y el sentido de su comentario. Hernández Catá había sido embajador de Cuba en Brasil durante la Segunda Guerra Mundial. Hombre de mundo, dramaturgo y novelista (los embajadores ahora no son escritores,

sino *influencers*, pero esa es otra historia). Conoció en Río al escritor austriaco Stefan Zweig. Trabaron una amistad literaria: el embajador cubano proveía al escritor europeo de habanos, libros en español y visas de residencia para judíos perseguidos.

Hernández Catá murió en un accidente aéreo en noviembre de 1940. Su muerte entristeció profundamente a Zweig, quien —lejos de sus libros y amigos, exiliado en un país extraño y consciente ya de la destrucción de su mundo— se encontraba cada vez más aislado. Semanas antes del accidente, en una conferencia en Buenos Aires, Zweig conoció al escritor y diplomático colombiano Germán Arciniegas. Ambos intercambiaron cartas sobre la vida y los libros por más de un año. Revisé esas cartas obsesivamente hace un tiempo como parte de un proyecto de arqueología literaria. Marcela conocía esas conexiones. Publiqué un libro al respecto que ella había leído.

En noviembre de 1940, Zweig le escribió a Arciniegas que había tenido que interrumpir un viaje a Montevideo y regresar a Río para rendir homenaje al “excelente escritor cubano que murió en aquel terrible accidente aéreo”. “Recuerdo el cariño tan grande con que me habló de él, y sé que para usted debió ser un tremendo choque la muerte de su amigo”, contestó Arciniegas tres semanas después. Meses más tarde —un mes antes de su suicidio en Petrópolis—, Zweig le contó a Arciniegas que estaba “trabajando en un pequeño Montaigne para mostrar con su figura que incluso en tiempos de fanatismo, guerra e ideología feroz, la libertad interior es posible”. Para entonces, Arciniegas había abandonado la Argentina y estaba en Colombia. Hernández Catá había muerto. Gabriela Mistral vivía cerca, a pocas cuadras, pero viajaba mucho y no podían verse a menudo. Con todo, Zweig no resistió el aislamiento, el terror y la destrucción de su mundo. Se suicidó el 22 de febrero de 1942.

Al final de un evento en la Fiesta del Libro, Marcela me entregó las dos copias del libro de poemas reunidos de Luis Rogelio Nogueras —el sobrino nieto del embajador Hernández Catá—, conocido en su tiempo como Wichy el Rojo. Pasta dura, letras blancas, portada púrpura, una zanahoria mordida en el trasfondo. *No moriré del todo* se titula. Está adornado con ilustraciones interiores de la artista Male Correa. Silvio Rodríguez, amigo del poeta (y compañero de rumba, supongo), escribió una nota introductoria en la que lo llama “amigo inolvidable” y “poeta inmortal”.

Leí varios poemas en el avión de regreso a Bogotá, cansado, distraído, como si leyera por instinto o inercia, juntando palabras en la mente. Al final del vuelo, ya aterrizando, en medio del suave tintineo de la cabina, me llamó la atención uno de ellos. Tenía dos partes: una nota biográfica del presunto

autor (Joe Bell) y el poema en sí, titulado “El último caso del inspector”. Era un texto enigmático, claramente apócrifo, un poema sobre un poema que no existió. Tenía una intención borgiana, de escritores ficticios y libros imaginados. Me recordó también *Vacío perfecto* de Stanisław Lem. Parecía escrito medio en serio y medio en broma, con esa especie de burla existencial que uno aprende a detectar con el tiempo.

Al día siguiente me levanté con una leve inquietud literaria. Abrí otra vez el libro de poemas de Wichy Nogueras. Leí su biografía resumida: había nacido en 1944 y muerto en 1985 en circunstancias misteriosas. Probablemente creció oyendo historias sobre las proezas de su pariente cosmopolita, embajador y escritor. Wichy ganó muchos premios de poesía, casi todos los que existen en Cuba, un país que ha celebrado y acosado a sus poetas como ningún otro en el continente. Escribió también novelas experimentales y guiones de cine. Admiraba secretamente a Borges. Nunca lo mencionó, probablemente para no incomodar al régimen ni ser acusado de escribir literatura elitista, desasida de la realidad. La policía de las letras suele ser implacable. Las fotos lo muestran tranquilo pero un poco distraído, con mil cosas en la cabeza. Plural como Borges, Pessoa, Lem y tantos otros impostores literarios.

“El último caso del inspector” fue publicado por primera vez en un libro con ese mismo título en 1983, en La Habana. Hay poca información en internet sobre esa obra ya olvidada. No existe una versión digital accesible. Quería leer todos los poemas apócrifos, los juegos literarios del borgiano vergonzante. Recurrí entonces al librero Álvaro Castillo. Nadie sabe más de literatura cubana en mi universo conocido (o en todo el universo). Nadie más podría conseguir el libro de marras, el objeto de mi obsesión reciente.

Llegué a la librería San Librario y le regalé a Álvaro una de las dos copias que me había obsequiado Marcela —el destinatario acordado era Ricardo Silva Romero, pero él sabrá entenderlo—. Le pregunté por Wichy Nogueras. Álvaro conocía bien su historia de decatonista literario: poeta, novelista, investigador, crítico de cine y editor. Había tenido incluso un desencuentro con su viuda por cuenta de un malentendido relacionado con una edición pirata de sus poemas publicada en Colombia. Hablamos largo sobre la microeconomía de la librería. Los cierres por las obras del metro habían reducido la clientela espontánea, pero los clientes recurrentes seguían fieles. Las librerías son como los bares: el ochenta por ciento de las ventas viene del veinte por ciento de los clientes, los consumidores problemáticos.

Después de un rato me atreví a preguntarle por *El último caso del inspector*. Dio tres pasos, se agachó y sacó una copia de un anaquelel pegado al piso. Me la

entregó como si nada, como si fuera la última novedad o el más trillado de los *bestsellers*. Es un libro muy pequeño, delgadito, de 12 cm por 7 cm, con un sello en la última página que autoriza la exportación de un bien cultural. Tiene manchas de humedad, pero está en buen estado. Ha sobrevivido el paso del tiempo, ese homicida. Forma parte de la colección *Mínima poesía* de la editorial Letras Cubanas, que tal vez ya no existe: tal vez no resistió el primer período especial o el segundo o el tercero, que ya nada tiene de especial porque parece ser para siempre.

El libro contiene diecisiete poemas apócrifos, cada uno acompañado por la biografía de un poeta ficticio. Todos en la tradición que inauguró Borges en la literatura en español con *El acercamiento a Almotásim*: falsificaciones,

imposturas, espejos que se desplazan. Casi todos los poemas o ensamblajes son alucinantes, burleteros, juguetones en un sentido metafísico. El último, firmado por una tal Wilfredo Catá (fantasma y homenaje), se llama “Eternoreternógrafo”.

“Yo, viajero del corredor donde pieza y acaba el tiempo”, dice otro de los poemas apócrifos. Quiero creer que, en ese corredor eterno, después de guerras y revoluciones, se encontraron Wichy el Rojo y Alfonso Hernández Catá. Solo queda, en la historia de la eternidad, celebrar los libros que llevan a otros libros: el universo inabarcable de la literatura que Wichy Nogueras —o Wilfredo Catá, o quien sea— quiso meter en un libro diminuto, de mínima poesía, como burlándose de todo, y también de sí mismo, por supuesto. ©

## EL ETERNORETORNÓGRAFO

El joven poeta murmuró cerrando el libro de Apollinaire:

“Este sí es un poeta...”

Y Apollinaire, el soldado polaco Wilhelm Apollinaris de Kostrowitzky, enterrado hasta la cintura en el fango de la trinchera cerca de Lyon,

mirando la noche estrellada del 4 de agosto de 1914,

la tierra seca, florecida de estacas y alambre de púas, sembrada de minas esa noche de 1914, mirando las bengalas azules, rojas, verdes en el cielo envenenado por los gases

apretó el húmedo librito de Rimbaud mientras

sobre su cabeza pasaban silbando los obuses.

Y Rimbaud, haciendo sus maletas en Charleville, echó junto a su ropa los versos de Villon.

Y Villon, el doce veces condenado, el apócrifo,

el inédito, pensó ante el patíbulo en las tres

cosas que más había amado: su mujer Christine, su leyenda,

la de él, la de Villon,

y el borroso recuerdo de unos versos

que hablaban de la noche del 711 en que Taric se apoderó

de Gibraltar.

Y el sombrío poeta árabe que escribió aquellos versos

la noche del 711 apoyándose

en la cimitarra

imitaba los versos que su abuelo le leía

en la lejana Argel;

y el abuelo de Argel había leído a Imru-ul-Qais,

al que Mahoma consideraba el primer

gran poeta árabe;

lo había leído una interminable

jornada en el desierto de Sahara (más húmedo ahora que entonces)

en la lenta marcha de los camellos y las teas

encendidas.

Y es probable que Imru-ul-Qais escribiera

en la lengua de Alá imitaciones de Horacio.

Y Horacio admiraba a Virgilio,

y Virgilio aprendió en Homero,

y Homero, el ciego, repetía en hexámetros los extraños poemas

que se susurraban al oído

los amantes en las estrechas calles de Babilonia

y Susa,

y en Babilonia y Susa

los poetas imitaban los versos de los hititas de Bog Haz Keui

y de la capital egipcia de Tell El Amarna,

y los poetas del 4000 a.n.e.

imitaban a los poetas del 5000 a.n.e.

hasta que el hombre de Pekín, en la húmeda caverna

de Chou-Tien

viendo arder lentamente sobre las brasas el anca

de un venado,

gruñó los versos que le dictaba desde el futuro

un joven poeta que murmuraba cerrando un libro

de Apollinaire.

</



# LOS AMIGOS DE EL SIGLO

por MARIA ISABEL NARANJO



Una de las pocas fotos que se conocen de Fabio Castillo, cuando su equipo de Informes Especiales ganó el Premio Nacional de Periodismo por El Cartel de la Cocaína. 1984. Archivo *El Espectador*.

*Y el muerto, el increíble... Su realidad está bajo las flores diferentes de él, y su mortal hospitalidad nos dará un recuerdo más para el tiempo, y la noche que de la mayor congoja nos libra: la prolijidad de lo real.*

Jorge Luis Borges

El martes 28 de octubre a las nueve de la noche *El Espectador* anunció la noticia en la sección judicial: “Murió el periodista Fabio Castillo, el reportero que enfrentó a la mafia del narcotráfico”. Un amigo la leyó, pensó en mí y me la envió. Tras él, comenzaron a llegarme mensajes como si hubiera muerto un familiar y no el periodista con el que hablé hace diez años y del que poco se sabía en los últimos tiempos, entrado el siglo XXI, hasta la publicación de la entrevista *Reportero sin rostro*, publicada en *Universo Centro* en abril de 2014.

En la editorial del 29 de octubre, “Fabio Castillo, una voz que definió a *El Espectador*”, el diario iniciaba con la imagen de un joven prodigio de la sección de judiciales que llegó al periódico en 1979 con un Simón Bolívar recién

ganado en *El Siglo*; el reportero que acompañó a Guillermo Cano en las denuncias contra el Grupo Grancolombiano; el periodista que encontró, junto a Luis de Castro, en un archivo y sin computadores, la prueba de que Pablo Escobar sí tenía antecedentes por narcotráfico, un facsímil que fue publicado en la edición del 25 de agosto de 1983.

En el obituario de *Las2Orillas*, “La partida del padre de los jinetes de la coca”, firmado por su excompañero de *El Siglo*, Jorge González, apareció un Fabio más joven, con veintitantos años, entrando a la redacción de “La Capuchina” gritando: “¡Tengo la de abrir!”: las cuartillas hechas a máquina que salían a la

“velocidad del rayo”, a pesar de que las digitaba solo con dos dedos; las discusiones con Álvaro Gómez Hurtado para titular las chivas; y algo en lo que González insistirá más tarde, en un café con sus amigos: Fabio no fue famoso, fue prestigioso.

La nota de *Cuestión Pública* que vino después, “Adiós al reportero”, añadió la discreción con la que atravesó la última etapa de su vida, en la que rara vez hablaba de sí mismo y prefería que lo recordaran como “el biógrafo de una pésima historia” y no como su protagonista.

Fabio fue, como recuerda Alberto Donadio, uno de los pocos periodistas colombianos capaces de “seguir la ruta del dinero” y desmontar sistemas completos, no solo casos aislados. No era casual que Tina Rosenberg lo hubiera llamado en el New York Times “el

Bob Woodward de Colombia”: su método, casi forense, tocó las fibras profundas del poder económico y político.

Pero ¿quién era Fabio Castillo? ¿Cómo era la persona que había detrás del personaje? Ese fue el misterio que nunca quiso revelarme, así que viajé a Bogotá a su entierro para conocer, a través de sus allegados, al hombre detrás del mito periodístico: el que tomaba trago y cuidaba a sus amigos; el mujeriego; el que se volvió huraño después del exilio; el que, al final de sus días, madrugaba todos los domingos a rezar en la iglesia del Divino Niño con su madre.

La historia empieza donde empiezan casi todas las historias de Fabio: en una conversación de periodistas.

## En el velorio

La sala, ubicada sobre la carrera once, cerca del barrio El Nogal, es pequeña y permanecerá, hasta las nueve de la noche, iluminada de blanco. Un marco en el medio separa a los vivos del ataúd sellado, y afuera todos se comportan como si estuvieran en el corredor de una vieja redacción y no en una funeraria.

Alguien dice, medio en chiste: —Pues yo lo que veo es una conversación de periodistas.

Yo pensé lo mismo. Me lo indican los nombres que leo sobre las seis coronas de rosas, lirios, margaritas, anturios rojos, rosas blancas. El mensaje de un bonásai con una tarjeta de sus amigos, Abogados Asociados: “Ha sido un honor compartir contigo parte del

camino”. La cinta azul con el nombre del Círculo de Periodistas.

A un costado, apoyada sobre un caballete, está la fotografía ampliada de Fabio en la redacción de *El Espectador* cuando ganó su segundo premio Simón Bolívar. Su hermana Consuelo —la menor— la mandó a imprimir ante la imposibilidad de ver su cuerpo, pues, aunque lo encontraron impecable, bien vestido y con los zapatos puestos, su cuerpo estuvo tendido varios días sobre su cama nueva antes de que lo hallaran muerto, en su casa del barrio Palermo.

Es viernes 31 de octubre y sus antiguos amigos y colegas han llegado en grupos de dos, tres y cuatro desde las nueve de la mañana. A esta hora, cuatro de la tarde, en el libro de visitas han firmado veintiocho personas. —Fidel Cano vino en la mañana —me dijeron.

Otros nombres que aparecen en el cuaderno son los de Eduardo Carrillo, Manuel Monsalve, Rodrigo Barrera, Ignacio Gómez, Gustavo Monje, Carlos Junca, Juana Pachón, Gonzalo Silva, Claudia Báez, Julián Martínez, Héctor Sarasti, Vladoo y unos cuantos más que están presentes y que hacen parte de distintos círculos de su vida.

Algunos se saludan por el apellido. Se ponen al día. Comentan quiénes de esa época de *El Siglo* y *El Espectador* han venido; cuáles se pasaron a *La República*, a Caracol, a RCN; quiénes ya se jubilaron. Yo apenas alcanzo a seguir la línea de tiempo en mi mente mientras



Reporteros de *El Siglo* en 1979, cuando Jorge González (izquierda) conoció a Fabio Castillo. Archivo de Jorge González.

los escucho, hasta que alguno dice: —Oiga, pero es que sí era mujeriego —y se ríe.

—Encantador con las mujeres.  
—Y le gustaba el traguito.  
—Pero un buen amigo. Fabio era capaz de dejar tirado un problema suyo si un colega necesitaba algo.  
—¿Y cuándo fue la última vez que supieron algo de él? —les pregunto.

De pronto tratan de reconstruir las fechas de su muerte:  
—¿Miércoles 22?  
—No, él publicó el 22 en Facebook. Escribió:

“El magistrado ejemplar y el gran colombiano inmolado en el #PalacioDeJusticia”, y acompañó la frase con un enlace de Caracol Radio a la entrevista en la que su hijo advertía: “No manipularán más el legado del magistrado Manuel Gaona Cruz”.

—Hace una semana escribió que el Cartel de Cali había matado al hijo de Leonidas Trujillo.

—Guillén lo llamó el 23 y no le contestó.

—Nacho lo llamó el sábado para preguntarle una vaina del Palacio y no le contestó.

—Entonces... ¿cuándo fue?

Fabio era una especie de enciclopedia viviente de la que se nutrían sus amigos, y hablan como si él estuviera sentado entre ellos. Sacan sus celulares para verificar lo que dicen, pero ninguno está seguro. Será luego su hermano Álvaro quien me dirá que a Fabio no le veían desde el viernes 24 de octubre.

Álvaro es el cuarto de los seis hermanos Castillo, y es tan parecido a él que algunos nos quedamos pasmados al verlo ahí parado. ¿No será un espanto? Como si fuera un libreto familiar, repiten gestos, tienen el mismo tono de voz, narran igual las historias y se ríen de los mismos chistes. Sin embargo, este doble más joven, de pelo blanco, cambió la ingeniería de sistemas por una vida tranquila, y se fue hace veintiséis años a vender helados al pueblo de Chinchiná, me dice cuando salimos de la sala a caminar.

Fue él quien me aclaró la fecha de la muerte:

—El sábado ya empezamos a tratar de ubicarlo y el lunes 27 ya se prendió la alerta roja porque no era normal

su silencio en las redes. Puede que por alguna razón se perdiera de nosotros, pero en las redes siempre se mantenía vigente.

Mientras tanto, continúa la conversación:

—La muerte fue natural.  
—Es que si no hubiera sido una muerte natural, no lo podrían cremar.  
—No lo pueden cremar cuando es muerte violenta.

—¿Nuestro Chómpiras seguirá en Medicina Legal?

—No, ya se pensionó.

—Uy, sí, hace a ratos. Chómpiras —aclara alguno dirigiéndose a mí— es otro periodista de muchas épocas de cubrir judiciales.

—El que no se pensionó fue Fabio.

Esta pequeña convención es el retrato de la generación de Fabio: periodistas que se salvaron de milagro haciendo su oficio; que nunca se acostumbraron al escritorio; y algunos de ellos están entrando a la vejez sin una pensión. Entre ellos cruzan nombres, fechas, notas judiciales, masacres, atentados, aventuras que casi les cuestan la vida, con el único objetivo de conseguir los archivos que demostrarían algún entuerto o chanchullo.

Es el caso de Ignacio Gómez, de Noticias Uno. Nacho, como le dicen todos, y Fabio se conocieron desde chiquitos, pero entre los dos había una diferencia de por lo menos diez años. Vivían en la misma cuadra porque sus mamás, Aura y Aide, eran comadres y crecieron juntos entre las tertulias y fiestas que el papá, Juan Castillo, jefe de prensa de la Presidencia, daba a sus amigos. Incluso hay informes de *El Espectador* hechos a cuartos manos, codo a codo entre ellos dos hasta que en diciembre de 1987 Fabio tuvo que exiliarse. En adelante todas las investigaciones quedaron en manos de su amigo fiel y discípulo.

—Les voy a contar una historia para que hagan una crónica de lo que pasó cuando pusieron la bomba en el Edificio Mónico —dice Nacho a un pequeño grupo que ha salido a fumar.

\*\*\*  
Todo empezó una madrugada de 1988. En ese entonces Nacho vivía en la tercera con 23, en un conjunto que quedaba frente a una escultura de Galaor Carbonell que parecían heces

monumentales y que los vecinos habían bautizado “los coprológicos”.

—Yo me estaba bañando cuando fue la explosión del Mónico. A las seis y diez me llama Fernando Cano: “Hermano, ¿usted se puede ir a Medellín?”. Y yo: “Ya estoy en el aeropuerto”.

Con el pelo todavía húmedo se montó a la carrera en una buseta hacia el terminal. Alcanzó el vuelo y a media mañana ya estaba en Medellín, donde las cámaras grababan las ruinas de la explosión. A las 9:30 el alcalde William Jaramillo salió a dar su declaración.

Nacho levantó la mano:

—Oiga, ¿cómo así que estalla una bomba en Medellín y a los dos minutos la radio está diciendo que fue en la casa de Pablo Escobar? Si Pablo Escobar era el más buscado del mundo, ¿por qué no lo estaban buscando en su casa?

Y el man se emputó.

Oficialmente esa pregunta quedó flotando, y ellos se fueron al hotel a mandar la noticia por Tandy, un computador que convertía textos en sonidos para enviarlos por teléfono.

Cuando llegaron a almorzar, el recepcionista anunció:

—Don Ignacio, hay un sobre para usted. Era de la Alcaldía de Medellín.

Adentro venía una factura del impuesto predial. En el encabezado: el nombre de Pablo Emilio Escobar Gaviria y el de Victoria Eugenia Henao de Escobar, como propietarios. En la mesa, con el corresponsal José Guillermo Herrera y el fotógrafo Mario Artehortúa, hicieron una ecuación elemental de la reportería:

—La madre, hijueputa —dijo alguno—, es imposible que Pablo Escobar tenga una sola casa en Medellín. Si había una factura, había un número de cuenta. Si había cuenta, había registro de todos los predios. Nacho bajó al centro, se compró una maleta de mensajero “toda vuelta mierda” y se disfrazó con camisa de colores chillones, como mensajero del cartel. Ensayaron el hablado paisa nea. Ese año estrenaban La Alpujarra, el nuevo centro de servicios administrativos. Con el corazón latiendo veloz y las manos sudando frío hizo fila como cualquier contribuyente y cuando le tocó el turno, se inclinó hacia la ventanilla, con la respiración ya controlada, y le dijo a la recepcionista:

—Mire, que el patrón me mandó por un estado de cuenta de esto —y le mostró la factura.

Ella tecleó el número y se quedó callada.

—Ah, le sale gratis, porque ustedes nunca han pedido esto y todos tienen derecho a uno por año.

Las impresoras de matriz de punto comenzaron a escupir hojas y hojas de esas que tenían líneas verdes y amarillas y huecos a los lados. Nacho veía salir metros de esa tira y hasta la muchacha se asustó.

—Me miró con pánico, pero resolvió también tranquilizarse. Y, al cabo de cinco minutos eternos, me entregó un cartapacio: “Aquí está, tome”.

Él metió el paquete al maletín sin mirarlo. A las doce tenía vuelo. En el aeropuerto no se atrevía ni a abrirlo. Solo en el aire, volando a Bogotá, empezó a pasar las páginas: 167 inmuebles a nombre de Escobar, solo en Medellín. Casas de lujo, lotes, fincas, casas de vivienda social —incluyendo en la que lo matarían años más tarde—, hasta tugurios.

—Y eso se redactó tal cual: esa fue la nota.

Un año y medio después vendría la bomba contra *El Espectador* con doscientos kilos de explosivos plásticos. Para entonces, a Nacho ya le llegaban, cada miércoles y cada domingo, sobres anónimos a “los coprológicos”: fotocopias de un dibujo de sapo metidas dentro del periódico. El 19 de octubre de ese año Nacho salió del país. En el aeropuerto, al otro lado del mundo, lo esperaba Fabio, ya exiliado.

—Fabio me recibió en ese exilio —dice Nacho—. Como a tantos.

A su casa en Madrid llegaron Fernando Cano, Juan Guillermo Cano, el fiscal del caso Lara (apodado El Ronco) y Roberto Lobelo, que fue sacado en un carro blindado por la DEA. Fabio llamaba a ese pequeño círculo “el sindicato”, que no era otra cosa que una red de periodistas exiliados.

\*\*\*  
Son las siete de la noche y, en la Sala 3 Presidencial de la Funeraria Capillas de la Fe, solo quedan los amigos Gonzalo Silva y Rodrigo Barrera conversando con el resto de la familia: Consuelo, que habla en voz baja con dos primas; Álvaro, que está al lado del ataúd, medio sonriendo; y Aura, la madre, que ya se está despidiendo.

—¿Puedes creer que tiene 91 años? —me dice Claudia, una de las cofundadoras de *Cuestión Pública*, que subió conmigo para decirle adiós a su maestro.

Ninguno lo hubiera adivinado: alta y respingada, de piel blanca, sin una arruga, más animada que cualquiera de los que todavía estábamos en la sala. Hija única y, por lo mismo, la consentida. Su lozanía, según ella, se debe a que cuando era una niña su madre la bañaba en cremas de cordero y le aplicaba mascarillas de lomo asado en la piel.

Cuando me acerqué a saludarla e hice el gesto de un abrazo, sonrió con cortesía, pero se mantuvo lejos.

—Es que tengo un problema muy feo: cuando yo abrazo, me doy cuenta de lo que el otro piensa. Entonces prefiero no hacerlo.

Unos días después, por teléfono, desconfiada todavía pero con muchas ganas de hablar, me contará que la comida favorita de Fabio era la cola sudada y el enterro, un plato que se hace con costilla de res y una gallina criolla con plátano verde, yuca, papa y cilantro. Pero, debido a su estado de salud, hacía dos años llevaba una estricta dieta vegetariana.

Que nunca la perdonará que hubiera dicho siempre que ella lo había echado a los quince años de la casa, cuando en realidad había sido el papá, y solo después de que se metiera con una mujer. La afrenta familiar era imperdonable: él era el hijo mayor —el segundo de los seis— y debía darles ejemplo a sus hermanos. Desde entonces su relación era... complicada.

Cuando Fabio empezó a enfermarse, la llamó para preguntarle qué hacía ella para mejorar cuando estaba indispuesta:

—Le dije que se tomara un remedio muy antiguo, el candil, ¿lo conoce? Cocinas un vaso de leche en un jarrón, le bates un huevo y le echas azúcar, y cuando hierve, te tomas eso.

Fue Aura quien cuidó a su hijo cuando lo operaron de la próstata —dos veces—, y luego, durante la diálisis. Fue ella quien lo sacó de la Clínica Palermo cuando su salud empeoró. Fue ella quien le ajustó la plata para comprar una cama más cómoda, para que se recuperara en su casa. Y fue también quien estuvo al tanto de la demanda contra *El Espectador*.

—Después de haber trabajado para ellos once años sin que le pagaran la salud, los demandó. A los seis meses le dieron una plata que puso en un CDT, y cada tres meses sacaba lo que le dejaban los intereses.

En 1987, cuando había pasado un mes del exilio, Avianca le mandó dos paquetes para que visitara a su hijo en España. Aura se llevó a Consuelo, que era veinticinco años menor que su hermano, y un sobre con las primeras regalías de *Los jinetes de la cocaína*. Allí se encontraron en el pueblo de una amiga (de Fabio) y luego viajaron juntos por París y Madrid.

—De eso tengo muy buenos recuerdos, porque me dio gusto en todo; pero eso fue antes de que se volviera malamente, porque de México llegó muy cambiado.



Aunque la diferencia de edad hacía que Fabio fuera para Consuelo una imagen borrosa de hace cuarenta años, lo recordó así cuando le pregunté por ese detalle unas semanas después del entierro:

—Él era muy familiar.  
—¿Y después del exilio?  
—No, nosotros seguimos como igual, pero Fabio se volvió una persona muy diferente.  
—¿Diferente en qué sentido?  
—Llegó como una persona muy alejada. Yo lo sentía antipático... a veces un poco raro.

—¿Qué tipo de cosas hacía?  
—Por ejemplo, mi mamá hacía pollo y él decía: “Ay, eso es horrible, qué pereza ese pollo”.

—¿Y te dijo algo que recuerdes?  
—Él siempre decía unas cosas que yo no entendía.

—¿Y en sus últimos años seguía así?  
—A mí me sorprendió que al final terminara yendo tanto al 20 de Julio... a la Iglesia del Divino Niño. Madruga-ba todos los domingos para ir allá con mi mamá. Decía que se sentía en paz.

Fabio salió del país en una década en la que asesinaron a 33 periodistas por razones que se repetían en todos los expedientes: “Muerto por sicario. Investigaba narcotráfico”. “Investigaba corrupción”. “Se sospecha de la Policía”. “Ligaba a funcionarios con el negocio de la droga”. Él, que pudo salvarse porque pasó la mitad de su vida escondido, usando identidades falsas —como Manuel Carrera— en México, Madrid y Londres, terminó muriendo en Bogotá de manera natural, un destino estadísticamente improbable para alguien que arriesgó todo lo suyo por contar la verdad.

## En la misa

Un Mercedes azul oscuro de placas BBP-852 lleva, en diagonal, una cinta con letras doradas que dicen “Héctor Fabio Castillo Ulloa”. El carro ocupa un tramo del andén, justo a un lado de la parroquia del Divino Salvador. Adentro de la iglesia hay unas treinta personas. En la primera fila reconozco a sus primas, a sus tías Yeyita y Marina, a su hermana Consuelo y a un hombre de unos cuarenta años que no había visto antes y que sostiene a Aura de un brazo. Por su parecido —piel morena, nariz afilada— deduzco que debe ser uno de sus dos hijos, Fabio Andrés o Juan Diego.

Cuando el sacerdote nombra a “nuestro hermano Héctor Fabio”, pide por él como alguien que trabajó “por la verdad, por la justicia y por la paz”, y tranquiliza a su familia diciendo que por fin “ha visto a Dios cara a cara”. Luego invita a las personas que quieran decir algunas palabras antes de su entierro.

De una de las sillas se levanta Gonzalo Silva, periodista jubilado que mantiene una columna en *El Espectador* llamada Notas al Vuelo. Se acerca en tono solemne al atril, saca un papel de su chaleco gris y comienza a leer unas palabras que Consuelo le pidió en el velorio que leyera:

—Fabio no fue solo un gran investigador: fue un ser humano generoso, leal, sencillo, atento, un lector voraz, un hombre informado y de humor fino. En la intimidad era cálido, respetuoso, escuchaba con interés genuino; conversaba con claridad y afecto.

Y luego continúa:  
—Ya en tiempos recientes, Fabio se dedicó a un proyecto personal en internet. A través de su canal digital actualizó investigaciones, abrió espacio a nuevos periodistas y comentó casos de interés nacional...

En *El Diario Alternativo*, Fabio puso al frente a Jaime Córdoba Triviño, exmagistrado y exdefensor del pueblo, y a su lado a un pequeño grupo de colaboradores como el argentino José Vales —que escribió las memorias de las torturas del Cono Sur—; el periodista

científico Hiroshi Takahashi, que vive en México; y sus amigos Marta Díaz, Parmenio Cuéllar, María Isabel Flores y Constanza Vieira.

Fabio quería que ese diario fuera un refugio para periodistas censurados en sus propios medios, un lugar donde, como le dijo a Alberto Donadio en una de sus últimas entrevistas, “los temas no vuelvan a quedar inéditos”.

—Durante cuarenta y cinco años nos comunicamos casi a diario —continúa—. Compartimos experiencias, inquietudes, alegrías y silencios. Nunca hubo distancia. Hoy despedimos a Cato, como muchos lo llamábamos, en nombre de sus amigos, colegas y de los colombianos que, gracias a su trabajo, pudieron conocer verdades que no debían seguir ocultas. Su legado nos antecede. Su nombre queda inscrito en la historia del periodismo colombiano como un referente de lo que significa investigar con dignidad.

El cura concluye el ritual, rocía agua bendita sobre el féretro. Entonces, cuatro caballeros se levantan acompasados y se ubican a los lados del ataúd para cargarlo hasta el carro fúnebre.

—¿Lo llevan a alguna parte? —les pregunto.

—Ya de aquí salen con él en Expreso a Girardot.

El lugar en donde creman a los muertos. De regreso a la capilla, Aura observaba la escena desde la reja de hierro. Todos conversan animados, compartiendo anécdotas y abrazos, mientras ella permanece absorta, mirando el carro que conducirá hacia el destino final a su hijo. El nieto, que no se ha apartado de su lado, se encuentra sosteniéndola del brazo y repite su mismo gesto.

Juan Diego tenía tres años cuando dejó de ver su papá, así que cuando regresó del exilio lo quiso solo para él. Primero le habló de su vida, de lo que había pasado en esos diez años que estuvieron lejos, y de cuánto lo había extrañado. A su mamá le reclamó que no le hubiera contado que su papá tenía tantos problemas, y a su papá lo enfrentó y le dijo que esperaba otra cosa de la vida.

—Y fue cuando mi papá me dijo: ¿y a usted quién le dijo que la vida es justa? —una respuesta que aún hoy le sigue dando vueltas en la cabeza, me confesará por teléfono cuando le pregunte por la relación que tuvo con él.

Mientras tanto, la convención de periodistas se dispersa. Algunos no se veían desde hacía más de veinte años; intercambian tarjetas, se rien, me invitan:

—¿Vamos a tomar café?  
Camino hacia donde está Aura para despedirme antes de irme con ellos, y su mirada me recuerda ese “poder” que tiene de mantenerse lejos; sin embargo, tras observarme un momento, es ella quien me hace señas con sus manos para que me acerque y me toma del brazo.

Quiere decirme algo porque le doy buena espina.

—Usted no me va a creer... —susurra en mi oído—. Cuando vi a Fabio en el ataúd, abrió los ojos y me dijo: “Mami, la muerte es fríaaa”. Y luego me dijo que estuviera tranquila. Que ahí me quedaba Juan Diego.

## En la cafetería

En Flodys Flow, a dos cuadras de la parroquia del Divino Salvador, tres reporteros veteranos de *El Siglo* —Eduardo, Manuel y Jorge— hablan por encima del ruido del molino de café. Son tres de los cuatro caballeros que cargaron el ataúd de Fabio. Sobre la mesa hay seis tazas vacías y el mesero toma nuevos pedidos. La primera ronda la invitó Gonzalo, que acaba de irse; y ahora es la segunda, que pagará Rodrigo. Hoy, los que tienen sueldo invitan. Y no hay afán. La conversación avanza en espiral mientras los tintos llegan.

—¿Ustedes se pusieron de acuerdo para hacerlo? —les pregunto por la coreografía que vi antes en la parroquia.

—Imposible porque no nos veíamos hace veinticinco años, bajita la cuenta.

—Solo sentimos que debíamos hacerlo.

—¿Y de dónde conocen a Fabio?

—Él fue nuestro maestro cuando trabajábamos en *El Siglo*, antes de que don Guillermo se lo llevara —responde Manuel Monsalve.

Manolo, como le dicen quienes lo conocen, tiene 74 años y cubrió toda su vida las fuentes de orden público. Es dulce, habla con diminutivos y siempre está pendiente de que no se acabe el café de las tazas. Recuerda que cada día anotaba lo más importante en una libreta y al final del año la usaban para los resúmenes del periódico *El Siglo*. Luego, cuando lo echaron, pasó a RCN, donde trabajó nueve años en radio.

—Oiga, pero volviendo sobre la cotización de Fabio... ¿por qué será que no le alcanzó? —pregunta él.

—Es que fueron varios años en los que le tocó esconderse, estar afuera, ir de un lado a otro.

—Entonces le quedó un vacío muy grande para cumplir con las semanas.

—Y ya después no se integró formalmente en ningún medio.

—Y ese Fabio que sí era un verraco. Y su estilo de periodismo está desapareciendo.

—Ahora estamos en manos de influenciadores, de chinos que no tienen fuentes.

—Es que uno antes tenía las fuentes.

—Ahora la fuente es esta —dice Jorge Enrique González, levantando el celular para mostrar su chat a todos.

Jorge tiene sesenta y seis años, ha sido profesor de deontología periodística en al menos siete universidades, incluyendo Los Andes. Es el más dandi y cachaco de los tres. Conoció a Fabio a los dieciocho años, cuando entró de correveidile de los reporteros más grandes de El Siglo. Hoy es columnista de Las2Orrillas, y coautor de los libros ¿Quién se llevó el dinero de InterBolsa? (2013); Los Watergates latinos (2006); La censura del fuego (2004) —sobre periodistas asesinados—; y Diomedes, el cacique y la difunta (1999).

También ha escrito dos libros propios y ejerce ocasionalmente como ghostwriter. Esposo. Papá de cuatro hijos. Abuelo de nueve nietos y un bisnieto.

—Nosotros, los de radio, éramos ocho o quince periodistas.

—Un solo teléfono.

—Había que pelearse por el teléfono.

—Eran teléfonos vivos.

—Los pelados... ahorita... le comen cuento solo a Google.

—No verifican, no confirman, no contradicen, no dudan de nada.

—No tienen fuentes.

—La reportería era la sal del oficio

—afirma Eduardo Carrillo.

Eduardo siempre lleva unas gafas negras de aviador que disimulan las lágrimas de su ojo derecho, donde le falta el conducto de Jones. Conoce como pocos el funcionamiento de las brigadas, los operativos y la jerarquía castrense. Fue el reportero estrella de las fuentes militares en los años ochenta y aún las sigue cubriendo. Sobrevivió al secuestro de los periodistas César Vallejo y Ricardo González —que ya murieron— y Jhon Jairo Alzate, ocurrido en la inspección de Puerto Solano, Caquetá, a manos de un frente del M-19 comandado por Jairo Capera Díaz. El secuestro ocurrió mientras cubrían el aterrizaje del Curtiss C-46 de Aeropesca, que había sido desviado para transportar armas. Los periodistas estuvieron primero en manos del Eme y luego de los militares que llegaron en busca de las armas. Eduardo logró salir con vida gracias a un mensaje escondido en una cajetilla de Marlboro que uno de los soldados que los vigilaba llevó hasta Florencia. Cuando la noticia salió al aire por RCN —Manuel fue quien la leyó—, el escándalo obligó al gobierno de Turbay Ayala a ordenar la operación de rescate.

Las tazas se llenan por tercera vez de un tinto amargo luego de un gesto de Manuel y, tras una breve pausa, es él quien continúa:

—Fabio me enseñó una cosa: “Manuel, usted que cubre el orden público, tenga en su cajón un par de botas, un pantalón y una camiseta”. Es que uno no sabía cuándo tenía que salir corriendo.

—En esa época no había oficinas de prensa.

—No había.

—Y cuando había, uno no las usaba.

—Es que las oficinas de prensa no son para los reporteros.

—El reportero tiene sus propias fuentes.

—Bueno, muchachos —anuncia Jorge levantando su taza e invitando a los demás—, brindemos así sea con café por el regalo más grande que nos dio Fabio: volvernós a reunir.

El entierro de Fabio marca el fin de una época, pienso mientras brindamos por él —¡Salud!—. Un tipo de periodismo, una forma de entender el país, un método para buscar lo oculto, una ética del oficio, una obstinación que nació en medio de la guerra —la que él y sus amigos cubrieron— y que ahora muere en silencio, convertida en mercancía serial o en materia prima de anécdotas de jubilados.

\*\*\*

La tarde avanzará entre tazas de café que luego serán comida santandereana y cervezas que acompañarán las conversaciones de reporteros nostálgicos en el desayunadero El Cañón de Chicamocha: una escena que me recuerda que, al final, lo único que nos queda es la hospitalidad del muerto... a pesar del frío. ☹



Segunda de varias entregas consecutivas que produjeron que se reabiera el proceso penal contra Pablo Escobar. *El Espectador*, 6 de septiembre de 1983.



→ “Cada visita a la biblioteca es una pequeña aventura para Lily. Leer juntos se ha convertido en una forma de acompañar y aprender”.

Mil mundos caben en una tarde en familia.

¿QUÉ TAL SI COMIENZAN  
#ENCOMFAMA?



Biblioteca Comfama  
Cristo Rey.

→ Felipe, Laura y Lily.

Vigilado Supersubsidio

comfama